

NIPPUR

DE LAGASH

ASTREA

ROBIN WOOD
CARLOS LEOPARDI
SERGIO MULKO



50
ANIVERSARIO

Vol 22

ASTREA

LOS ESCUDOS Y EL MAR

EL VIEJO REY Y LA PAZ

EL PUEBLO PACÍFICO

EL DIOS DE PIEDRA

PRIMERO EL VUELO DEL

PINZÓN

NIPPUR DE LAGASH

ASTREA

Por **ROBIN WOOD**



Dibujos de **MULKO**

El Egeo, el sabio mar que acaricia las mil islas, se alarga millas y millas, bajo el sol, enorme lagarto de fuego que nos amodorra con su calor.



Acodado en la borda me dejo dominar por el aroma del aire y el sabor de sal del mar de las simientes. El navío avanza dando bordadas en dirección a la bahía de Kerme, lento y crujiente. En un rincón sombrío de la cubierta, Arthos reposa del monótono viaje.

Muchos soles se habían puesto desde que comenzamos el largo viaje a Halicarnaso, dejando atrás los áridos desiertos del país de Akad hasta llegar al mar eterno, donde embarcáramos gastando nuestro último trozo de cobre.



¿Qué? ¿Te agrada mi país, hombre del este?



El capitán del barco es amable y charlatán y me ha sido muy útil para informarme de cuanto me interesaba.

¿Cuándo llegamos a Halicarnaso?

Mañana en la mañana, si Zeus lo permite y mi viejo navío resiste.



El Egeo es hermoso bajo las estrellas jónicas. Desde los marjales se oye el croar de las ranas y el ladrido de los lobos.

¿Qué haremos en Halicarnaso, Nippur?



Iremos a visitar a mi amigo Anikos que es cortesano influyente junto al monarca.

Tal vez nos convendría ingresar en el ejército, pese a que aseguran que el soldado cario es torpe y tropieza con sus armas.

¡Bah! ¡Cuentos de los lacedemonios!



En la mañana siguiente el navío arriba a Halicarnaso y desde el primer momento me siento apabullado por el estrépito, el hedor y el lujo de la gran ciudad.

Atravesamos las calles a empujones, rechazando de mala manera a los vendedores que nos ofrecen baratijas, vinos, especias, esclavas...



La casa de Anikos es enorme y blanca, y sus esclavos nos hacen esperar en los jardines. De alguna parte llega el rumor de una fuente y risa de mujeres.



¡Nippur! ¡Amigo mío! ¡Alabado sea Zeus que te trae junto a mí! ¡No quise creer a mi esclavo cuando me trajo la noticia!



Me siento abrumado ante su desbordante alegría. Habla y ríe feliz; desentierro anécdotas de nuestras cacerías de leones en los desiertos de Elam. Comemos con él una excelente oca asada y bebemos vino de las bodegas del monarca.

Dos veces lancé a la mala bestia y ambas lanzas se rompieron.



Intento explicar luego a Anikos que nos hallamos sin dinero y buscando ocupación. Se muestra furioso y levanta los puños al cielo rugiendo.

¡Sin dinero! ¡Sin ocupación! ¿Y tú, mi amigo, eres capaz de decir eso? ¡Esta casa y todo lo mío es tuyo, estúpido sumerio!



No deseo abusar de...

¡Una palabra más y te haré apalear por mis caballerizos! Una vez me sacaste de entre las garras del león cojo y otra de entre las lanzas de cobre de los piratas de la costa. ¿Y me hablas como si fueras un mendicarte?



Por fin, Anikos se calma, mientras Arthos ríe a carcajadas, un poco por el vino y otro poco por la cólera de mi amigo.

De todas maneras, cuando vaya a ver al monarca me acompañarás y veré que ese viejo tonto se ocupe de ti y de ese uro que se burla de mí.



Luego su rostro se pone serio. Largas arrugas quiebran su frente como un viejo pergamino.

Extraños momentos vivimos en Halicarnaso, Nippur. Reina la inquietud y abundan los crímenes. La tumba de Mausolo está lista y él está listo para ocuparla. Y yo temo, pues es extraño lo que sucede en Halicarnaso.



Luego, amodorrado por la... y por el vino, Anikos se retira a dormir y lo mismo hacemos Arthos y yo.

Tu amigo está muy preocupado, Nippur, e incluso parece asustado.



Si. Y eso me extraña, pues lo he visto reír ante los leones del desierto y los piratas de la costa.

La semana transcurre entre paseos y cacerías por los alrededores de Halicarnaso. Al volver una mañana en el carro de caza de Anikos, embanderado con la sangrienta piel de un león cebado, nos topamos con la corte del monarca que cruza las calles.

Mira, aquél es el monarca Mausolo.



La litera de manos, custodiada por gigantescos guerreros negros, se detiene ante nosotros e inclinamos las cabezas.

¡Zeus sea contigo, Anikos! Veo que una nueva piel adornará tu sala de trofeos.



Agradezco tus palabras, mas el mérito no es mío sino de mis amigos quienes lo mataron con sus lanzas en los arenales.



La mirada del viejo monarca es aguda y aliada como el pico de un ave de rapiña y me siento incómodo ante ella.

¿Con lanzas? Deben ser o locos o valientes. ¿De dónde vienes?



Del país entre los ríos. De Lagash.

Un extranjero es siempre un alivio para mis viejos oídos. Venid conmigo y me hablaréis de vuestras tierras, vuestros vinos y vuestras mujeres. A mí y a mi hijo Heranis.

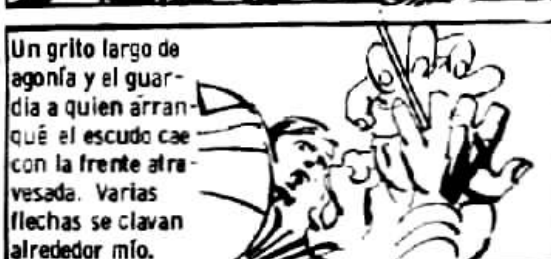


Algo me golpea los sentidos. Siento el estampido de la cuerda de un arco.



¡Cuidado!

Un grito largo de agonía y el guardia a quien arrancó el escudo cae con la frente atravesada. Varias flechas se clavan alrededor mío.



¡Heranis! ¡Anikos! ¡Proteged al rey! ¡Arthos, conmigo!



Ya he visto las siluetas emboscadas junto a un macizo de palmeras.

Me arrastro por la arena lastimándome codos y rodillas hasta nuestro carro de caza, seguido por Arthos.



¡Suéltale el freno!

Salto adentro del carro. Arthos se apodera de las riendas y lanza su estentóreo grito de guerra.

¡A mí los emboscados! ¡Gir-Shuh!



El pesado carro es una avalancha de gigantescos poños espumantes, ruedas y cuchillas girando enloquecidas. El viento me azota la cara y por sobre mi cabeza flamea la sanguinolenta piel del león.



Caemos como un huracán entre ellos.



Todo ha sido rápido y mortal, mi maza se ha detenido, roja de sangre su alma de piedra.



No tardan en llegar un pelotón de guardias negros, que se abalanzan contra los cadáveres y los lancean y despedazan ferozmente.

¿Qué hacen ahora? ¿Intentan derrotar a los muertos?



Los negros se enloquecen con el olor de la sangre. Hincan las cabezas muertas en las puntas de las lanzas. Uno de ellos, ansioso de matar, descarga su hacha contra la cabeza de uno de nuestros caballos.



El rugido de cólera de Arthos hace palidecer al mercenario.



Maldito perro. ¡Yo te enseñaré!

La voz es opaca y acostumbra a ser obedecida.



No toques ni la piel de un soldado del monarca o tendrás que llorar tu imprudencia, extranjero.

El hombre es peligroso y altivo y no aparta sus ojos de animal feroz del rostro de Arthos. Heranis, fastidiado, dice:

Este es Bandaris, el general de mi padre. El que todo lo puede. Hasta ha conseguido que sus mercenarios mestizos se bañen por lo menos una vez al año.



Bandaris ni siquiera concede una mirada al joven, y a una voz cuya, los mercenarios se calman como por arte de brujería. Me pasma ver el dominio que este hombre frío y corpulento posee sobre la horda.



Esa noche somos huéspedes en el palacio del monarca; nos agobia con presentes, joyas que agradan a Arthos y finas vestiduras, pero el rostro de Anikos está sombrío y sin alegría.



Anikos, no seas duro con tus amigos. Sufrimos con tu sufrimiento, de manera que confía en nosotros. ¿Cuál es tu carga?

De pronto habla:

Muchos dioses tenemos en la Hélade, pero lo más sagrado para nosotros es la sangre del monarca. Nunca aquí el monarca ha sido objeto de un ataque.



No desprecies nuestra inteligencia, pues bien sabes que todas esas historias de sangres sagradas son sólo balbuceos de viejes. Muchos monarcas habrán cruzado el umbral último por el puñal o el veneno.



Encogió los hombros con buen humor.



Quizá; pero el secreto quedó dormido entre las murallas; pero hoy las flechas volaron a la luz del sol y el crimen fue exhibido ante el pueblo.

Además los asesinos eran esclavos.

¿Esclavos? ¿Bromeas? Un esclavo no puede conseguir armas ni...



Sé lo que piensas y también yo lo sé; sin embargo los que hoy se alzaron contra el monarca eran ilotas, esclavos de la construcción de la tumba real.



Esa noche la cena real nos fascina con su esplendor, pero el clima es opresivo y sombrío. Al fin Mausolo exclama:

Setus, ve y dile a Astrea que venga a acompañarme pues me aplasta el desasosiego y la extrañeza.



¿Quién es Astrea?

La hija mayor de Mausolo, la hija del águila y sacerdotisa de Zeus Herkelos. Es como el rayo y como las flores; como el vino y como el metal de las espadas.



Quise reírme de Anikos y lo llamé uro ahito de vino y poetastro de los marjales. Y de pronto mi risa se cortó.

¡Por todos los dorados dedos de Samás!



Astrea, sacerdotisa de Zeus Herkelos, hija de Mausolo y Artemisa. Astrea, la de la belleza que hacía palidecer las estrellas y privaba del sueño a los hijos de los hombres.



Tú eres un hombre de espada, extranjero. Mi águila olfatea en ti el sudor y la sangre del campo de batalla.

No te equivocas, bella Astrea. No hace mucho tiempo he comandado ejércitos y me he sentado a la diestra de un rey.

¿Te fue adverso tu destino?



Si, lo fue, y hoy mis hombres y mi rey son menos que tierra sobre la tierra, y mi ciudad es humo y cenizas en un cerco de lanzas enmohecidas; pero dejamos el triste pasado y deja que admire tu belleza.



Ten cuidado con tu lengua galante, hombre de Lagash, pues mi águila te ceja y te mira con fastidio.



Esa noche me persiguió su mirada oscura y su sonrisa extraña por los túneles de mi sueño. Astrea...

El espectáculo era monstruoso y fascinante. Tal vez eran miles de hombres los que se arrastraban como hormigas, luchando con enormes bloques de piedra, jadeando, esqueléticos, mutilados, empujando, tironeando, maldiciendo y por fin muriendo alrededor de la tumba real.



Ahí la tienes, hombre de Lagash. Ese es el mau-soleo, el monumento a la vanidad y a la tontería de la reina.

No respetas mucho a tus reyes, Bandaris.



No puedo respetarlos. Los medos burbujan en nuestra frontera como hormigas carniceras, listas para invadirnos y nuestro monarca sólo piensa en la tumba que le mandó construir su mujer, la reina.



¡Por Ares! Con estas rocas yo hubiera levantado fortalezas temibles y con el oro que se guardará adentro compraría carros de guerra y mercenarios de la Macedonia. Luego los medos olerían su miedo en mis lanzas.



Esa noche comenté esta conversación con Arthos.



Bandaris me preocupa. Es hombre violento y apasionado y además creo que es ambicioso en exceso.

Un grito largo y desgarrante hace erizar mi piel. Me abalanzo contra la puerta empujando mi espada, y corro hacia el grito.



Abarco la escena de un solo vistazo.



Los agresores no presentan combate y huyen desesperadamente por los grandes ventanales y los corredores entre los salvajes gritos de los guardias negros que los cazan a lanzazos.



La princesa caria me contempla con sus ojos oscuros y sin mensaje.

Llegaste primero que ninguno, Nippur. Grité con todas mis fuerzas y anhelé el socorro. Tú entraste con tu espada desnuda y con el rostro agrio de cólera. Tenías fuego en tu mirada.



Mi corazón detuvo su marcha cuando reconocí tu voz en el grito, princesa de Caria.

¿Temiste por mí, Nippur?



Ni siquiera le respondo; ella toma mi mano, torpe y vil entre las suyas, frías y perfumadas. Dulce Astrea de Caria.

Tus manos son grandes y duras, Nippur, y la espada y el puñal las han encallecido; pero para mí son bellas, aunque sean toscas, pues tus manos hablan a las mías.



De pronto se aparta de mí, como avergonzada y corre hacia las puertas. El águila de Zeus, con las garras aún sangrientas, la sigue.



¡Mira esto, Nippur! ¡Estos muertos también son esclavos de las construcciones!

¿Esclavos otra vez? ¿Qué acontecimientos extraños son éstos?



Algo extraño ocurre, pues, ¿para qué quieren los esclavos raptar a una princesa o matar al monarca? Su suerte no mejoraría con ella.

¿Cuál es tu idea, hombre de Lagash?



Al anochecer, Arthos y yo nos deslizaremos por el campamento de los esclavos y trataremos de espiar entre ellos, buscando...

¿Buscando qué, entrometido?



Bien, no lo sé. ¡Algo!

Algo. ¡Bah! Y como siempre por tus ocurrencias tendré que correr como el viento y luchar como un león.



Si tienes, no vengas.

¿Temer? ¿Temer yo? ¿Yo, Arthos?



Se golpeó el pecho coléricamente y ésta retumbó como un tambor de bronce.



¡Yo soy Arthos! ¡El que rechazó a Leifasirim de Akad! ¡El guerrero sin caminos y sin rey! Me amamantaron con leche de leona y saqué los dientes mordiendo el metal de las espadas. Con una mano despedazo a un hombre, arranco los árboles y...

Vete a molestar a los asnos del establo con tus discursos, guerrero de heroica lengua.



La noche es negra como el aceite, y el mausoleo enorme e incompleto. El campamento de los esclavos se vea quieto y silencioso. Arthos y yo nos deslizamos sin ser oídos entre los guardias somnolientos.

-Si fuera por estos guardias podrían huir hasta los mismos monumentos.

Cállate, hijo de leonas y de las espadas.



Durante largo rato reptamos por los alrededores de la tumba real, rezando para no tocar un escorpión. Quizá nada hubiéramos visto de no ser por el ruido.

¿Oyes eso, Nippur? Parece un rumor de voces dentro del mausoleo.



Por un momento dudo, pero luego siento en efecto un vago rumor dentro de la construcción, un ruido metálico y voces.

Ven, sígueme pero ten tu maza lista, pues habrá lucha si nos descubren.



Encuentro una pesada puerta que cierra el acceso a las cámaras interiores del soberbio templo. La empujo centímetro a centímetro, implorando por grasa en sus ejes.



Alguien ha mantenido los ejes bien engrasados, pues ningún ruido altera el silencio. Ante nuestros ojos se extiende un largo corredor oscuro y lúgubre. En alguna parte gotea algo.



Avanzamos cautelosamente y con las espadas listas. Más y más cerca se oye el confuso rumor. De pronto...



¡Nippur, mira! ¡Una luz!

En efecto, al final del corredor hay un haz de luz que corta la oscuridad.

Es una puerta, Arthos. Tratemos de ver algo a través.



Con lentitud y sigilo me detengo ante ella y me arrodillo. Observo.





Veo una gran bóveda iluminada escasamente por antorchas. En el suelo, sentados, hay medio centenar de hombres. Algunos visten la raída túnica de los liotas, otros el chitón y las fíbulas de los ciudadanos, y otros la coraza de la guardia del monarca. Reconozco a varios.



En un extremo se alza un púlpito y sentada en él, una negra silueta embozada habla.

No permitáis que los hombres se lancen al pillaje, ni aunque aúllen por su presa. Primero deben terminar la lucha, luego tendrán el placer.



No hay antorchas cerca de él y su voz surge de las penumbras.

Esta noche repartiré las armas y las enterraréis en la arena.



Tarde comprendemos lo que ocurre. Me he apoyado contra una parte no finalizada de la construcción y una piedra cae estruendosamente.

¡Maldición!

CRAC!



¡Arthos, notifica al monarca de todo y dile que ataque esta noche, que no utilice a la guardia real, pues no le es leal! ¡Corre!



Es tiempo. Mientras Arthos huye por los corredores, la puerta se abre y el hombre que la abre salta a la eterna oscuridad.



Pero un repentino golpe me llena los ojos de luz y la mente de oscuridad.



Es suave, lento y doloroso el despertar, un fuerte olor me penetra por las narices.

El embozado se halla de pie ante mí. Detrás suyo, por una pequeña ventana, veo las estrellas. Es de noche aún.



Por fin despiertas, Nippur de Lagash. Has sido para mí como una espina en mi pie; pero ahora te arrojaré al viento tras quebrarte, y tu muerte no será dulce.



Tus palabras son rebuznos de asno a mis oídos aburridos y me río de tus amenazas. ¿Realmente piensas conquistar Halicarnaso con un ejército de esclavos?



¿Eres tonto? Cuento con el apoyo de la guardia real, sobornada por mis seguidores adinerados y por un ejército de mercenarios que espera en las fronteras del país licio con sus carros listos.



La traición ensució tus manos y la ambición tu alma. Es inútil el embozo. Bandaris, general del monarca, Bandaris, guardián del mausoleo. ¡Bandaris el traidor!



Sus ojos de animal feroz me queman con su mirada. Sus dientes afilados relucen entre la negra barba.

¡Sí! Me llamarán el traidor, el ambicioso, el que escupió a su rey. Pero mentirán. Nada de cuanto hago lo hago por mí. Todo lo hago por Caria, por mi Caria acorralada por los medos y los piratas del mar. Necesita un rey guerrero.



¿Entiendes eso? Un rey que le dé grandeza y gloria; no a ese viejo encienque ni a ese jovencuelo inexperto.



¡No puede ser! ¡La arena te ha entrado en el cerebro! ¡No corre sangre sagrada por tus venas!



Correré si me desposo con la hija del monarca. Con Astrea.

Para eso la he raptado, gusano. Mira detrás tuyo a Astrea, princesa de Caria.



Se me congela el corazón en el pecho al ver a Astrea, de pie contra el muro, inmóvil y hermosa, con la mirada oscura.



Esta mañana fue a sacrificar a Zeus Herkaios y mis hombres se apoderaron de ella en el monte Kalos. Como verás, todos mis planes... ¿Y eso?

Por el ventanuco veo el cielo teñirse de rosa y gris. Mezclado con la luz llega un confuso rumor, ahogado al principio, luego más potente hasta convertirse en un trueno poderoso.



¡El ejército del monarca! ¡Estás perdido, Bandaris!

El rostro poderoso de Bandaris se congela de estupor; de pronto lanza un grito ronco y sale violentamente del recinto.



¡Astrea! ¡Astrea!

¡Aquí estoy, Nippuri! ¡Aquí estoy!



¡Rápido, princesa, mis ligaduras! ¡Suéltalas!



Los dedos blancos y fríos trabajan con rapidez, dese a que sus uñas se rompan sobre las gruesas sogas.



Abro la puerta de un puntapié.

¡Astrea, debes esperar aquí sin salir ni un momento!



Nippur, yo...



Nippur...



La luz del sol me desgarra la vista al salir y ante mí se extiende la batalla, sangrienta y trágica bajo la luz naranja del amanecer.



Los carros del monarca cargan como avalancha sobre los espantados ilotas, provocando una feroz carnicería. Por todos lados cae un diluvio de flechas y los heridos aúllan desangrándose en la arena.



Busco con la mirada a Bandaris y lo veo trepar a la cúspide de la tumba real. Se ha arrancado la capa y su cuerpo aceitado reluce bajo los primeros rayos del sol.



Un guerrero...

Su lanza casi me atraviesa en mi descuido.



Lo arrojo contra el muro de la tumba y siento cómo su cráneo se rompe.



Me apodero de su espada y me lanzo tras Bandaris, arriba, muy arriba, hacia el cielo azul que gira ante mis ojos.



Jadeo y transpiro, resbalo y tiemblo como un poseído, pero trepo, trepo; trepo...



Bandaris me espera, sombrío y poderoso, ligeramente encorvado su cuerpo de luchador. Sus ojos feroces relucen como brasas.

Tú. Tú lo hiciste. Has quebrado como ramillas mis planes. ¡Tú, perro extranjero!



Con el rugido de la victoria, Bandaris alza su espada que centellea al sol, sus enormes músculos se hinchan y sus tendones semejan lianas.



¡Implora a tus dioses, hombre de Lagash!

Pero una salvaje flecha de plumas y garras se abate sobre el rostro de Bandaris y veo sus ojos feroces llenarse de sangre y su grito hiela mi sangre en las venas.



Le hincó mi espada en el vientre y lo siento retorcerse como un jabalí herido, mientras eleva hacia el sol su rostro desgarrado.

El griterío de los soldados victoriosos hace temblar la gran tumba. Extendido en cruz cara al cielo, yace Bandaris, y el águila de Zeus lanza ásperos chillidos y revolotea a mi alrededor.



La mirada del viejo monarca es aguda y afilada como el pico de un ave de rapiña y la sonrisa en su boca es sólo un gesto.

Te debo mi vida y quizá algo más que mi vida; mis tesoros no alcanzan para pagarte y sin embargo te pido que sigas tu camino y sacudas el polvo de Halicarnaso de tus sandalias.



He visto a mi hija Astrea contemplarte con ojos de mujer, y tú le respondías con ojos ardientes. Todo te debo, más mi hija es inalcanzable para ti. Por sus venas corre sangre de los dioses y se debe a su país.



Se debe a su país. Estas palabras me arrebataron a Astrea. La volví a ver recién en el muelle cuando embarcábamos. Anikos y Heranis nos habían traído presentes y oro del monarca. Arthos había quedado estupefacto ante las arcas y sus contenidos.

¡Somos ricos, Nippur! ¡Mira esto!



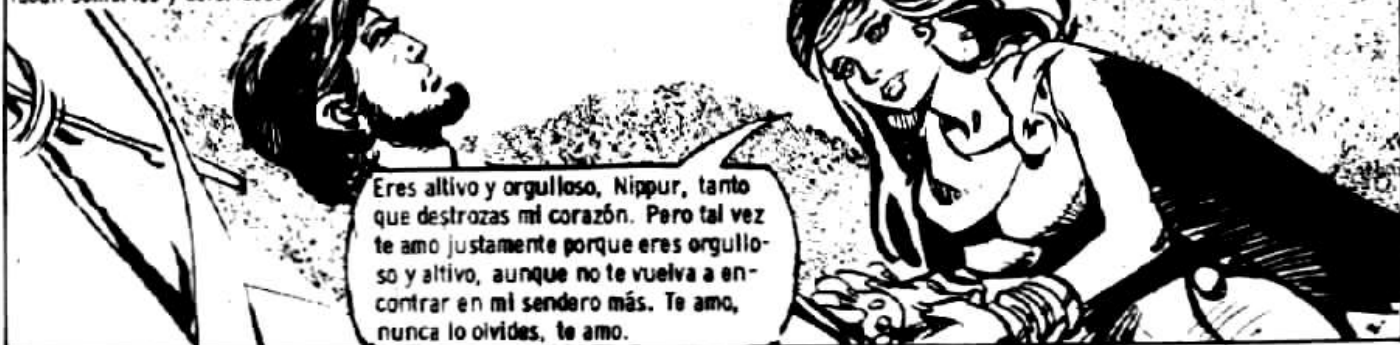
Calla, bruto codicioso. ¡Tu amigo no te escucha!

—¿Te marchas, Nippur?

Así es, princesa, no debo permanecer más tiempo en tu país.



Sin cuidar el recato cortesano debido, me tomó una mano. Sus ojos estaban sombríos y doloridos.



Eres altivo y orgulloso, Nippur, tanto que destrozas mi corazón. Pero tal vez te amo justamente porque eres orgulloso y altivo, aunque no te vuelva a encontrar en mi sendero más. Te amo, nunca lo olvides, te amo.

Astrea, princesa mía.

Vete, Nippur, hombre de Lagash, amado mío. Vete, que yo te podré ver siempre en la bruma del río y te oíré en el resonar de los metales. Vete ya, que no quiero llorar ante ti.



El barco se aleja ágil y ligero y en el muelle la blanca figura de Astrea se achica cada vez más y mi pecho gime dolorido. De pronto la blanca silueta tiende un brazo.



El águila corta el aire como una saeta, reuiente y feroz, y se posa en mi hombro. Sus ojos de cuentas de cristal me miran curiosos.

¿Te envía ella, amiga? ¿Eres quizá el talismán que Astrea me regala?



Atrás queda la Caria, con sus lobos y sus leones, sus tumbas y sus reyes, y en un muelle de Halicarnaso Astrea me ha enviado su emisario de amor. El viento gime entre el cordaje y el coro bronco de los remeros canta mi adiós a la princesa de Caria.



FIN

NIPPUR DE LAGASH

LOS ESCUDOS Y EL MAR

Por ROBIN WOOD



Dibujos de LEOPARDI

2-328

Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>

Un barco puede correr sobre las olas como un ave en el espacio o como una flecha que abandona la cuerda. Cortando los aires y las aguas, dando bordadas, rechinando cordajes y maderos.



Así corría nuestro barco como un ave o como una flecha, atravesando el Mar de las Mil Islas, rumbo a las tierras donde Urano engendró los gigantes y los titanes, y donde los helenos dicen que habitan los dioses descendientes de aquellos poderosos.



¿Para qué deseas ir a tierras desconocidas, terco de cerebro desviado?

Quiero.



Tenemos bastante oro para vivir regaladamente en las ciudades costeras. ¡Pero tú prefieres ir a las tierras de los macedonios y de los tracios! ¡Esos ladrones!



Arthos lanzó un último reniego y se arrebujó en su manto, desalentado y meditabundo. Tal vez pensaba en las ciudades costeras y en las bailarinas del sur, de los grandes brazaletes amarillos.

Quiero conocer las tierras que domina Andriaco, rey de la Alta Macedonia. Dicen que es hombre sabio y gusta de los extranjeros.

¡Bah!



De pronto uno de nuestros marinos extendió su brazo moreno y gritó:

¡Barco a la vista! ¡Parece abandonado!



Lucharon como demonios.

Es extraño. Los marinos nunca dejan huellas tan feroces de su lucha. Los piratas sufrieron terribles bajas.



¡Por Zeus! ¡Dadme agua! ¡Agua!



No entiendo cómo sobrevivió, pues las heridas de su pecho eran tan grandes como yelmo y ardían y latían, ahogándolo. Le dimos agua.

¿Quién eres, buen hombre, y qué ha ocurrido?



Mi nombre es... Dasso y soy soldado de Tracia. Llevábamos a bordo gente de Eubeo, del rey...



¡Continúa hablando, Dasso!



Princesa, piratas... se la llevaron. Costa... termaica... princesa Casandra... prin...



¿Dasso?

Es inútil. Está muerto.



¿En qué piensas, Nippur?

Esos piratas capturaron a una princesa de Tracia y se la llevaron a la costa del golfo termaico. ¿Comprendes?



¡No! ¡No!

Sí, me comprendes. Iremos tras los piratas y les arrancaremos a la princesa Casandra y con ella nos presentaremos en Tracia. De esa manera seremos magníficamente recibidos.



¡Nippur de Lagash! ¡No trates de embaucarme a mí con tus motivos! ¡Dí más bien que no resistes la tentación de ir tras ellos!



Yo tampoco resisto la tentación.



Nuestra tripulación estaba compuesta de marinos curtidos y belicosos, negros feroces del país de la jirafa, con los cabellos adornados con huesecillos de aves, quienes aprobaron entre alaridos nuestros planes.

¡Llévanos a cazar piratas, amo! ¡Ellos tienen oro y piedras de colores! ¡Llévanos!

¡Les arrancaremos su oro y su vida!



La costa rocosa y escarpada, salpicada de árboles y barrancos, corría velozmente ante nuestros ojos, mientras el viento hinchaba las velas, y las palas golpeaban el agua al ritmo del ulular de los remeros.

¿Crees que habrá ido muy lejos?

Los bajeles de los ladrones del mar corren como peces, pero éste va muy cargado de botín.

Me recliné en la proa y dejé vagar la mirada por las plumizas aguas encrespadas. Desde lo alto llegaban voces de las aves blancas de grandes alas.

¿Dónde estarán?



¡Allí estaban!

Pero...



La bahía era invisible para los ojos de cualquier navegante hasta estar prácticamente dentro de ella. En la orilla se veían barcos varados, chozas y centenares de hombres, mujeres y niños.

¡Los piratas!



Mira allí, amo!



El barquichuelo emergió como una bestia marina en la boca de la bahía y en el otro extremo otro, y allá otro y otro.

¡Esto es una trampa para los navegantes y hemos caído en ella!



¡Pues les costará muy caro, amo! No somos comerciantes gordos ni egipcios miedosos.

No, Selim. No luchamos. Debemos tratar de sobrevivir.

¡Pero, amo, mi hacha tiene sed!



¡Métela dentro de un odre de vino entonces! ¿Cuál es tu idea, Nippur?

Escucha...



Ya estamos encima de ellos. Es un barco pequeño, pero siempre tiene algún valor.

¡Mira, Kalahas!



¡Enfilan hacia la costa!

¿Estarán locos?



Con un terrible rasgar de arena y madera, nuestro bajel se detuvo casi sobre la playa. Al momento la confusa multitud corrió hacia nosotros, deteniéndose a pocos pasos en silencio a contemplarnos.



Me coloqué mi casco de guerra que dejaba libres sólo mis ojos y mi boca; era un casco que impresionaba con sus largas crines negras y sus labios de bronce.

¡Ven, Arthos! ¡Ven, Selim! ¡Presentemos nuestros respetos a esta carroña!



Salté a la arena y caminé hasta la multitud. Era una masa estúpida y sucia que me contemplaba con curiosidad.



¡Tú, cara de imbécil!

¿Yo?

¡Sí, tú! ¡Llévanos junto a tu jefe o te muelo el lomo con mi maza!



En la bahía los barcos cazadores se habían detenido en semicírculo arriando velas. Nosotros atravesábamos la orilla detrás de nuestro infeliz guía que miraba espantado a Selim.



¡Apura, lombriz de tierra! ¿O prefieres que te arranque los huesos de la espalda con mi daga?



Ya nos esperaban. Una masa de hombres armados, de todas las razas, con estigmas grabados en sus rostros. Fugitivos de mil ciudades.

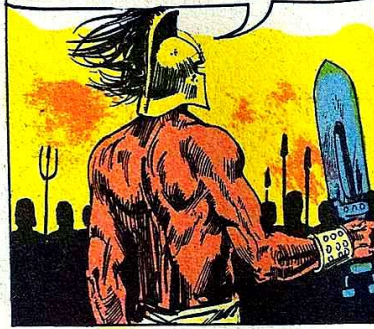
¿Quién es vuestro jefe?

Yo soy. Yo, Omnios, amo de tierras y aguas.

Era enorme y fuerte como un buey. Numerosas espadas y muchas uñas de mujer habían labrado su rostro pesado y graso.



Yo soy Nippur, de las tierras de entre los ríos y éstos son mis hombres. Aquél es mi barco y ésta es mi espada. Con ella hago respetar todo lo demás.



Era un desafío y Omnios enrojeció. Advertí que le faltaba un ojo. En su lugar llevaba un rojo rubí dentro de la órbita vacía.

¿Nos provocas, extranjero? ¿No sabes que podemos convertir tu cuerpo en abono de esta playa?



Quizá puedas hacerlo, Omnios, pero perderás demasiados hombres. ¡Míranos! ¿Nos crees presa fácil?



El ojo astuto y la roja piedra recorrieron nuestras filas deteniéndose en las afiladas hachas, en las lanzas de tres puntas, en los cuerpos gigantes y aceitados de mis negros.

Nos mataran, quizá, tras larga lucha y te podrás apoderar del oro que llevamos. Pero...



¿Pero qué? Continúa, extranjero. ¿Por qué embarrancaste aquí?

Porque te buscaba.



Hemos sido expulsados de nuestras tierras por crímenes contra los templos. Fue una vil y falsa acusación, pero nadie creyó en mi inocencia.



Rió con una risa ronca y feroz.

Eso te creó. Todos los que estamos aquí somos inocentes como ovejas. ¡Es falso que robamos, matemos o saqueemos! Todo falso!



Un coro de carcajadas de bribones, con olor a pez y grasa.

¿De manera que quieres unirme a mí, Nippur?



Eso es.



¡Yo no creo nada de eso! ¡No los necesitamos ni confío en ellos! ¡Si tienen oro se lo arrancaremos con nuestros cuchillos!



Por un momento la situación fue grave. Una multitud es fácil de enardecer. Arthos salvó la situación.

Mira mi cadena, ratón de agua. Es de oro puro. Ven a tomarla con tu cuchillo. Ven.

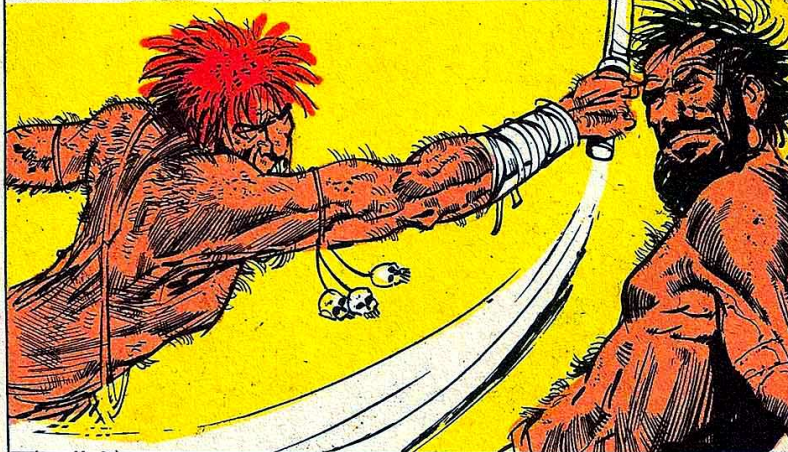


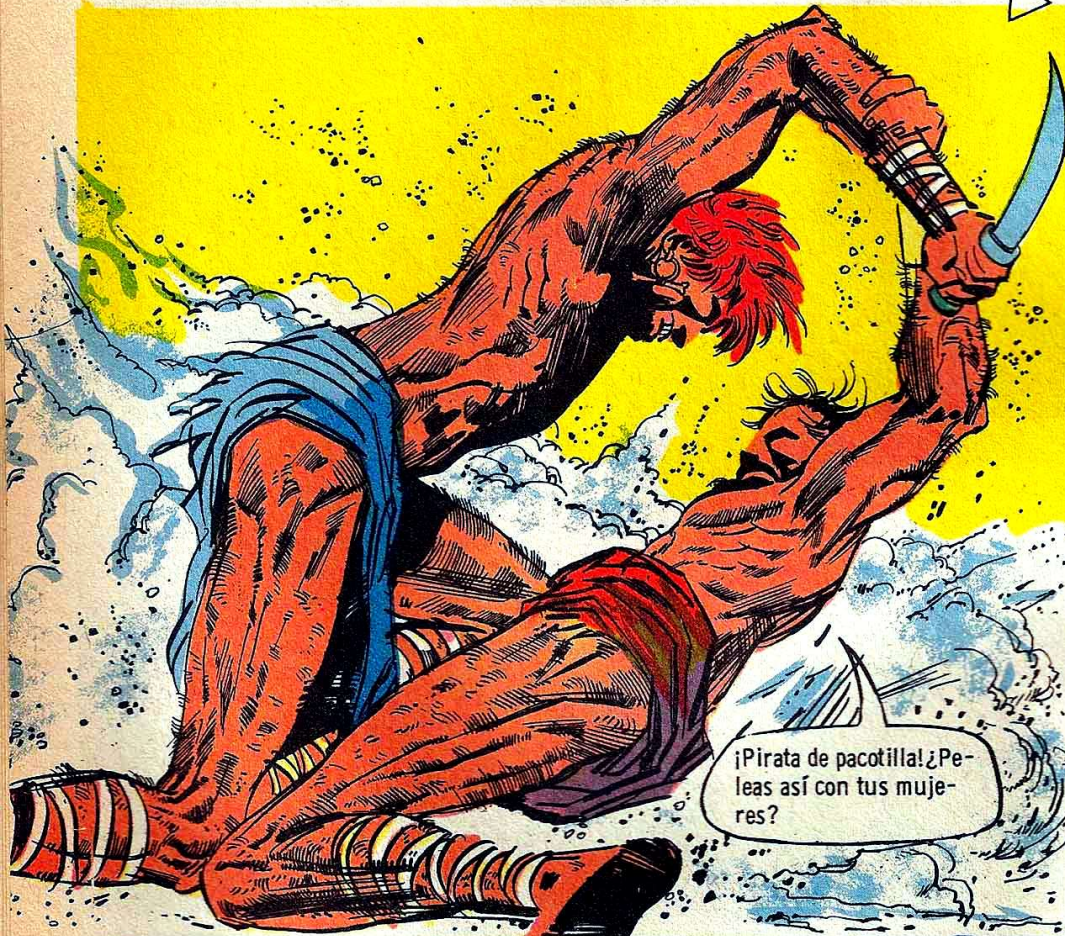
El desafío flotó en el aire como puede flotar la bruma o el polvo de las caballerías. El pirata se sintió contemplado por mil ojos. Alguien le dijo algo y varios rieron.

¡Allí voy, extranjero! ¡Te arrancaré la cadena sin sacártela por arriba!



Se movía como un ágil perro de caza y en su rostro picado de viruela los dientes sucios relampagueaban. Arthos le salió al encuentro.





¡Así se combate, hijo de un cangrejo!

Rodaron por la arena golpeándose como fieras, entre los alaridos jubilosos de los piratas.



¡Pirata de pacotilla! ¿Pe-leas así con tus muje-res?

Arthos se incorporó blandiendo la espada. El pirata trató de imitarlo.



¡Quieto, bravo doma-dor de viejos y muje-res!

¡No me mates, extranjero! ¡No me mates! ¡Disculpa mis palabras!



¿Matarte? ¿Y qué ganaría con tu muerte?

Un brillo cruel cruzó por un momento por los ojos de mi amigo mientras sopesaba en la mano el ancho y curvo espadón del vencido.



No. No gana-ría nada pe-ro tampoco perdería mu-cho.

La pesada hoja trazó un molinete en el aire como un pájaro de acero, un pájaro de muerte que ahogó el alarido del pirata.



Un gran silencio reinó en la playa. Apenas si se oía el batir del mar y el chillido de los pájaros. Omnios se acercó al muerto y lo hurgó con el pie. Sonrió como sólo sonríen los lobos.

Buen golpe. Excelente. Ni yo lo hubiera hecho mejor.



Su ojo amarillento me contempló sin expresar nada; luego alzó los brazos gritando:

¡Tendremos fiesta esta noche! ¡Comeremos y beberemos con nuestros nuevos amigos! ¡Tendremos vinos, carnes y fuego para todos!



La aldea de los piratas se convirtió en un infierno esa noche. Docenas de hogueras; el vino corría en ríos mientras reses enteras giraban en los asadores de madera.



Omnios demostró ser un cumplido anfitrión y un cerdo repugnante. Comía entre gruñidos y jadeos sin interrumpir su conversación.

Me alegra tu venida, Nippur, pues necesito buenos luchadores a mi lado. Llegan días de lucha.

¿Por qué dices eso?



Andriaco, rey de la Alta Macedonia, avanza por mis tierras con muchos hombres. Me busca a mí y a mis hombres.

Andriaco de Macedonia.



Mientras la orgía gritaba y bebía entre la grasa y las hogueras, conseguí apartarme.

Selim, envía a uno de tus hombres fuera del campamento en dirección a los bosques. Que busque al rey Andriaco y le dé este mensaje.



Transmitido mi mensaje al rey volví luego al centro de la hecatombe, donde Omnios ahito de carne, bañado en vino, ebrio, con el rostro congestionado, roncaba contra la mesa.



(El rey Andriaco... ¡Si el enviado de Selim cumple bien, no tendrás muchas más orgías, Omnios!)

La mujer surgió de pronto frente a mí. Alta y hermosa, de ojos fríos y largos cabellos trenzados. Pese a ser mujer llevaba espada y brazaletes de cobre. Vestía como un guerrero y así me miraba.



¿Cuánto hay de cierto en tus palabras de la playa, extranjero? Mi instinto me dice que nos traerás desgracia.



No hagas caso de tus sentimientos, mujer. Ni mi amigo, ni yo queremos dañarte.

La mujer se enfrentó con la mirada de Arthos y por un momento sólo estuvieron ante la hoguera el gigante y la doncella de brazaletes y espada. Ella fue la primera en hablar.



Tú luchaste hoy en la playa. Luchaste bien, pero, ¿fue necesario que lo mataras?

Un guerrero no empuña su espada y la vuelve a envainar seca.



¿Cómo es tu nombre? ¿Qué haces aquí?

Mi nombre es Thalassa. Soy hija de Omnios y lucho junto a mi padre como el mejor de sus guerreros.

Me aparté de ellos y fui hasta la orilla del mar mientras en mis oídos se apagaban los gritos de los beodos y el crepitar de las hogueras.



Al día siguiente recorrí con lentitud el campamento fingiendo curiosidad y tratando de descubrir el paradero de la princesa de Tracia.

¿Amo, no estará en el recinto de Omnios?

Es muy posible, Selim. Ven conmigo, vamos a descubrirlo.



La residencia de Omnios era una enorme choza de piedra, rodeada por un foso erizado de estacas aguzadas. Omnios tenía aspecto cansado y ojoso.



¡Maldito sea el vino y la carne! ¡Son la maldición de los hombres! ¡Y también las mujeres!



¡Cállate, gordo holgazán, y bébete esto!

¡Puahh! ¡Llévatelo, vieja bruja, y báñate con él!



¡Mira esto! ¡Tisanas y compresas! ¡Después de una batalla me siento como un buey y luego de una fiesta como un pez muerto! ¡Puahhh!



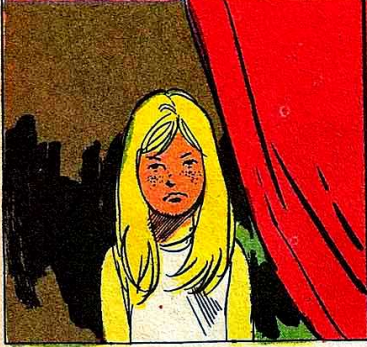
¡Padre! ¡Padre! ¡La princesa está llorando y no quiere comer!



¿Quién es la princesa?

¡Es una de Tracia que capturé el mismo día que tú llegaste y me trae más problemas que todas mis mujeres juntas!

En ese momento oí un rumor detrás mío, y giré sobre mis talones. Por un momento quedé sin habla. Estaba ante Cassandra, princesa de Tracia.



¡Tú, gordo feo y sucio! ¡Quiero irme a mi casa! ¡No me gustan esos estúpidos hijos tuyos!

¡Oh, cállate! ¡Me duele la cabeza!



La voz de la niña se convirtió en un chillido agudísimo que estremecía el aire.

¡Quiero irme! ¡Quiero irme!

¡Oh, Tártaro! ¡Mi cabeza!



Princesa, con tu permiso.

¿Quién eres tú?



Ejecuté una reverencia palaciega y me golpeé el pecho con el puño cerrado a la manera sumeria.

Nippur de Lagash, cabeza de ejército y cortesano de Mausolo de Halicarnaso te rinde homenaje.

Te saludo, Nippur de Lagash. Que Gea sea contigo.



¿Princesa, me permites que te acompañe a pasear a la orilla del mar?

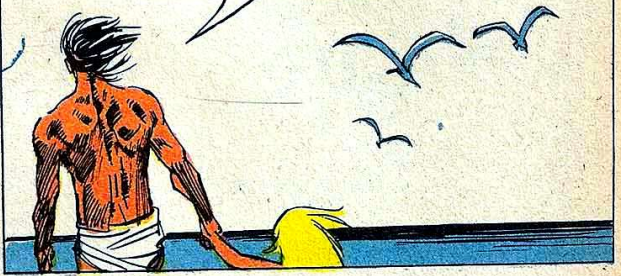
Parecía encantada de ser tratada nuevamente según su condición real y sus modales cambiaron y se volvieron solemnes como corresponde a toda una princesa de cinco años ya cumplidos.

¡Uff! ¡Sí, llévatela, así podré descansar!



La princesa real de Tracia no pudo resistir la tentación de sacarle la lengua. Me la llevé rápidamente.

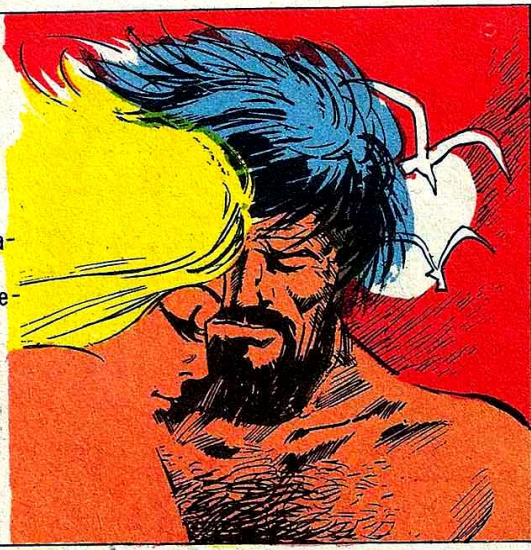
Ven, princesa. ¡Vamos a recorrer la orilla del mar!



¡Oh, Nippur! ¡Qué lindo! ¡Hace mucho tiempo que no me divertía tanto!



Sentados en la arena divisé a una pareja tomados de la mano. Ella tenía sus largos cabellos desatados y alborotados por la salina brisa del mar.



¡Arthos!



¡Nippur! ¡Me has sorprendido!

Sí, ya me doy cuenta.

Parecía un niño descubierto en el momento de hundir las sandalias nuevas en el barro. Casi estuve a punto de reírme. Por fin, me encogí de hombros.

¡Bah! ¡Lo siento por ella! Tú, en cambio, eres un tonto afortunado.

¡Tírate al mar, envidioso de lengua ágil!

La muchacha sonrió y todo pareció iluminarse alrededor de ella. Era hermosa como el sol y en sus ojos no existía dureza ya. Me tomó una mano.

Gracias, Nippur, por tus palabras. Eres un hombre de buen corazón. Te querré tanto como sé que él te quiere.

Me aparté con la princesa colgada de mi mano y sintiendo un acre sabor en la boca al pensar que en alguna parte de los bosques avanzaban los hombres de Andriaco.

¡Amo, amo! ¡Ven, rápido!

Había regresado el mensajero.

Me escurrí con las sombras de la noche, acompañado de Selim y del guía. Nos hundimos en la viviente oscuridad del bosque, con los ojos atentos y las hachas listas.

Corrimos así más de una hora. De pronto...

¡Detente allí! ¿Quién vive?

¡Soy yo! ¡El príncipe me espera!

No tuve dudas. Apenas lo vi, supe que era él. Delgado y pequeño, pero fuerte como una lanza y hermoso como un dios. Se acercó con paso juvenil y me colocó sus manos sobre mis hombros.

¡Nippur de Lagash! ¡Es un orgullo para mí conocerte! ¡He oído hablar mucho de ti!

Me halagas, Andriaco.

Era inteligente y su cerebro relampagueaba y cortaba como el rayo. Sus planes estaban ya hechos y así me enteré que el campamento de Omnios estaba ya cercado.

Mis carros de guerra se ubicarán entre la playa y el mar para que los bandidos no puedan fugar. Tú, Nippur, encárgate de proteger a la princesa de Tracia y yo haré lo demás.

Yo también haré algo. He visto marinos masacrados.

Otra cosa. Omnios es mío. Me debe la vida de varios de mis mejores amigos.

Cuenta con él.

Me despedí del rey macedonio y volví al campamento con las luces de la mañana. Encontré a Arthos ya levantado.



Arthos, amigo mío. Es mejor que esperes. Andriaco atacará hoy.



Se quedó congelado. En la ebriedad maravillosa de su amor había olvidado completamente nuestra situación y ahora se enfrentaba a la cruda realidad.



El sol estaba alto en el cielo azul y los arbustos gemían bajo la brisa del norte cuando la agudísima nota de un cuerno de guerra horadó los aires.



¿Qué es eso? Parece-ría...

Brofaron del bosque como un torrente, con sus grandes escudos redondos y sus altos cascos de rojos penachos, con la inconfundible silueta al frente, casi cincuenta metros delante de sus hombres.



El choque fue terrible pero el macedonio se abrió paso entre la multitud como un dios de la guerra, segando con su espada vidas y gritos.



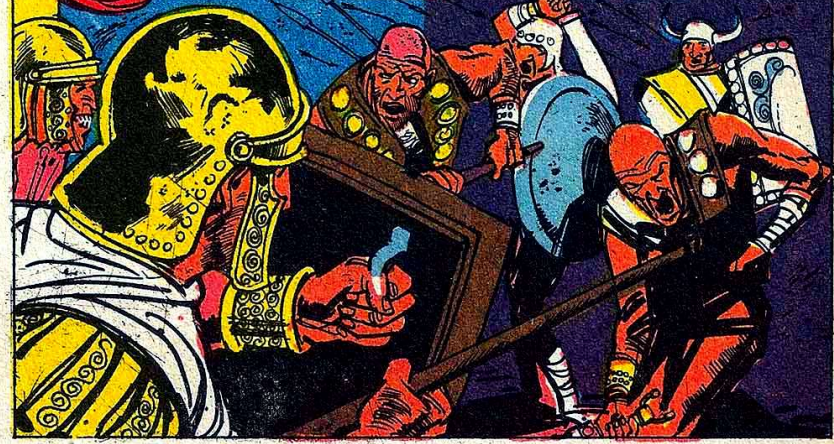
Corrí con mis hombres hasta el reducto de Omnios. Sus guardias no tuvieron ni siquiera tiempo de enristrar sus lanzas.



Omnios no estaba y agradecí a los dioses por ello. Arthos, pálido como un muerto, revisó la casa. Thalassa tampoco estaba.



Todo era caos. Todo era gritar y morir en la arena, entre la sangre y los escudos de los macedonios que avanzaban como una oleada de bronce y lanzas.



Entonces vi a Thalassa con los cabellos de oro escapando bajo el arco de bronce del casco. Luchaba, efectivamente, como un guerrero. Como el mejor de ellos.



Más allá, Omnios trataba de organizar su horda, pero todo era inútil. El ataque feroz y decidido de los macedonios, todo rabia y filos, hacía huir espantados a los bandidos en dirección al mar, donde esperaban los carros de guerra.



¡Malditos cobardes! ¡Tomad vuestras armas! ¡A pelear!

Surgió de pronto ante él y se enfrentaron. El pirata feo y pesado como un buey y el macedonio bello y feroz como un leopardo.



¡Pirata! ¡He venido a buscarte a ti!



¡Ven por mí, mocozero!



SCRAC



Saltó sobre él y por un momento vi brillar un cuchillo entre sus manos. Luego el brillo desapareció en el corpachón de Omnios.

¡Ahhh!



¡Thalassa! ¡Por los dioses! ¡Thalassa!



Thalassa...



Cruzó el aire como un relámpago y el grito fue como una arista de luz en el fango de la batalla.

¡Ahhh!

¡Thalassa! ¡No!



¡Thalassa!



Thalassa...



Los piratas han sido exterminados, Nippur. Mis hombres cazan a los últimos fugitivos en el bosque. ¿Qué harás tú ahora?

Llevaré a la princesa Casandra a Tracia. Ya nada me queda por hacer aquí, Andriaco.



Partimos con las luces de una madrugada fresca y colorida, mientras el mar azul, lleno de pequeños dioses del agua, rumoreaba alrededor nuestro.

¿Vamos a casa, Nippur?

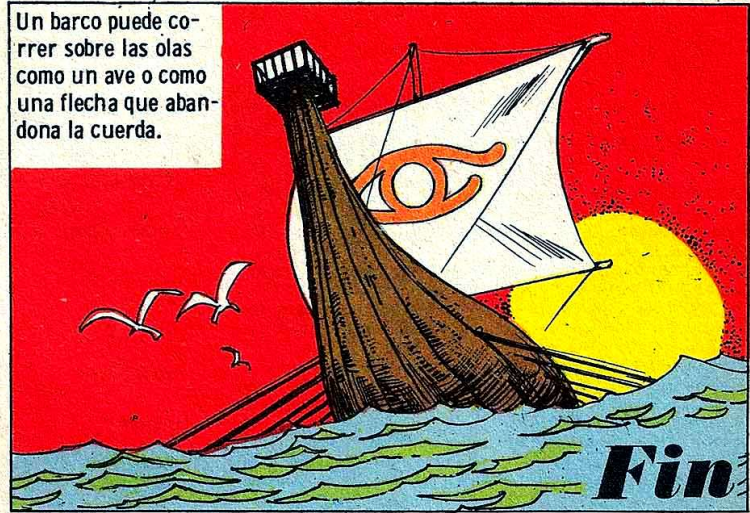
Sí, princesa. Vamos a casa.



A mi lado, Arthos contemplaba sin hablar la costa que se alejaba. Le oprimí el hombro con fuerza y pude sentir que lloraba silenciosamente como sólo puede llorar un guerrero que lo hace por primera vez.



Un barco puede correr sobre las olas como un ave o como una flecha que abandona la cuerda.



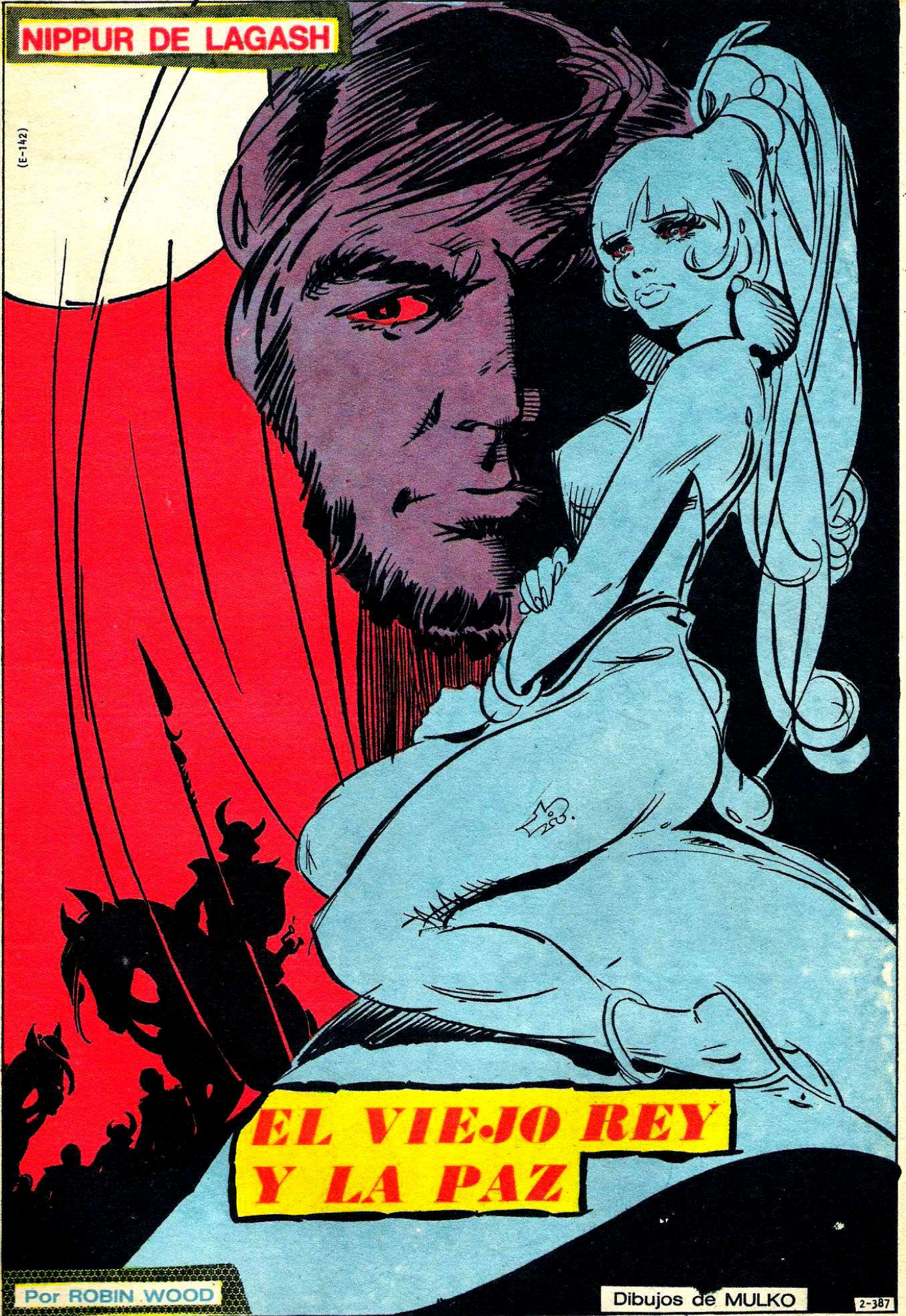
Fin

Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>

NIPPUR DE LAGASH

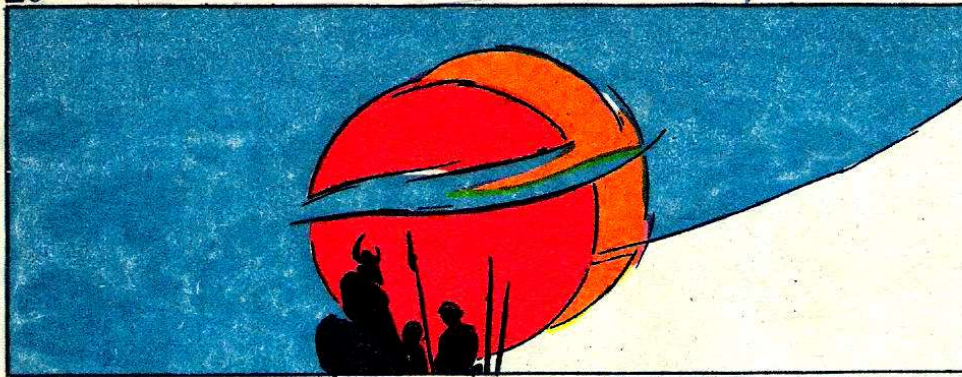
(E-142)



**EL VIEJO REY
Y LA PAZ**

Por ROBIN WOOD

Dibujos de MULKO



Yo había conocido al viejo rey cuando sus cabellos eran aún negros y su espalda derecha. En esos tiempos también me había hablado como a un amigo, pero sus palabras eran sonoras como cuernos de guerra y tenía los ojos llenos de sueños, en los cuales marchaban carros de combate y una infantería eterna de soldados victoriosos. Me había hablado de conquistas eternas y de monumentos de piedra que asustarían a los dioses.

Y ahora estaba allí, veinte años más tarde, envejecido y encorvado, sentado sobre una piedra cortando despaciosamente un trozo de queso como si fuera la operación más delicada que jamás hubiera ejecutado.



Más allá estaba su ejército acampado, con las lanzas centelleando bajo el sol y los caballos pateando incómodos en la arena. Los soldados se habían sacado los cascos y descansaban o jugaban.



Y también vi a los generales, en un sombrío grupo aparte, y entre ellos a Koartas, gigantesco y peludo como un oso y así de temible, repujado de cuero y clavos de bronce, erizado de cuchillos, con su rostro oscuro, brutal, cerrado en un gesto nocturno.



Come, Nippur. Es buen queso. También tengo aceitunas.

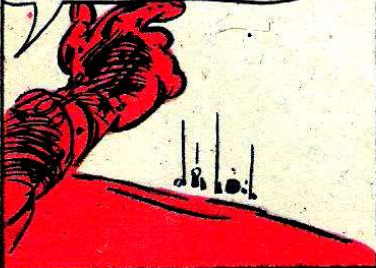


¿Así que es la paz?



Mordió un trozo de queso y suspiró satisfecho. Tenía los ojos acuosos y débiles y a veces parecía más un niño que un viejo.

Así es, Nippur. El rey hitita y yo hemos decidido que toda esta guerra era ya demasiada. Cada año perdíamos miles de hombres y capturábamos algunas lonjas de terreno, un poco de oro y algo de gloria que perdíamos en la siguiente batalla. Y así sin cesar, año tras año.



Cuando ganábamos la guerra había desfiles y fiestas, pero las viudas y los huérfanos se encerraban a llorar en sus casas y luego debíamos enfrentar la miseria de nuestros cultivos arruinados. Todo en nombre de la gloria.



Ahora se acabó, Nippur. Mañana me encontraré con el hitita y cambiaremos nuestra sangre y juraremos ante los dioses. Entonces no habrá más guerra. No habrá más hambre. No habrá más viudas ni huérfanos. No habrá más gloria.



¿Qué harás ahora con tu ejército comandado por generales y jefes mercenarios?

¿Y tus sueños de conquista? ¿Y los monumentos de piedra que alarmarían a los dioses?



Me guiñó un ojo y tuve que sonreírle.

Mira. Es buen queso, ¿verdad? He hallado más placer en él que en toda mi gloria. La gloria huele a polvo y a sangre y estoy harto de tenerla en mi boca.



Estoy viejo, Nippur, pero bendita sea la vejez si me ha traído un poco de claridad al cerebro. Y mi cerebro y mi corazón me dicen lo mismo. Basta de guerra. Demos paz a los hombres.

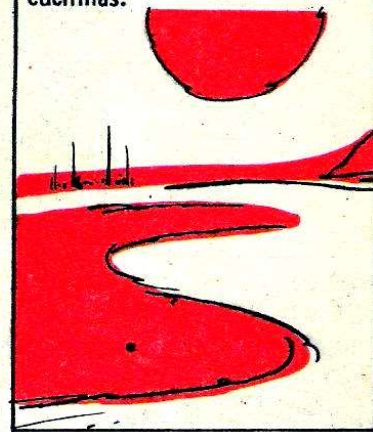


Mordió otra vez y suspiró.

Es buen queso.



Del otro lado del desierto, el ejército hitita descansaba en el calor. Cascos y lanzas relampagueaban al sol y los carros de combate parecían escarabajos brillantes dormidos sobre la arena, erizados de cuchillas.



Koartas se limpió los dientes con su cuchillo y escupió trozos de carne masticada. El reflejo de la hoguera le daba un tinte rojizo en el cual sus ojos relucían como tizones.

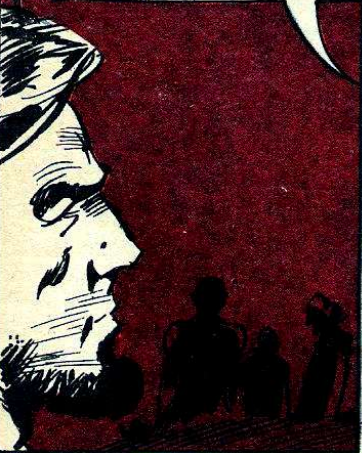


¿Así que el viejo idiota insiste en aliarse con los enemigos?



Hablas del rey, Koartas.

Ah, sí. El rey. El rey. Ungido por los dioses. El hijo de la gloria. El señor de las batallas. Ese es él, ¿verdad?



¿O tal vez es simplemente un vejete idiota que balbucea acerca de la felicidad que los hombres hallarán escarbando en el polvo y ordeñando sus cabras?

Porque tú no estás hecho del polvo de esta tierra. Tú no amas estos cañadones ni estas mesetas. Tú viniste de otros países.



Un joven oficial de ojos apasionados y que contemplaba a Koartas con la boca abierta de admiración musitó con rabia vehemente.



Pero yo sí nací aquí, por eso te lo digo. No es un rey. Es una vieja mujer.

Eso me enojó. Yo había visto al viejo rey, en otros años, cargar a pie y solo contra mil enemigos, cantando de júbilo, con el rostro como una antorcha.

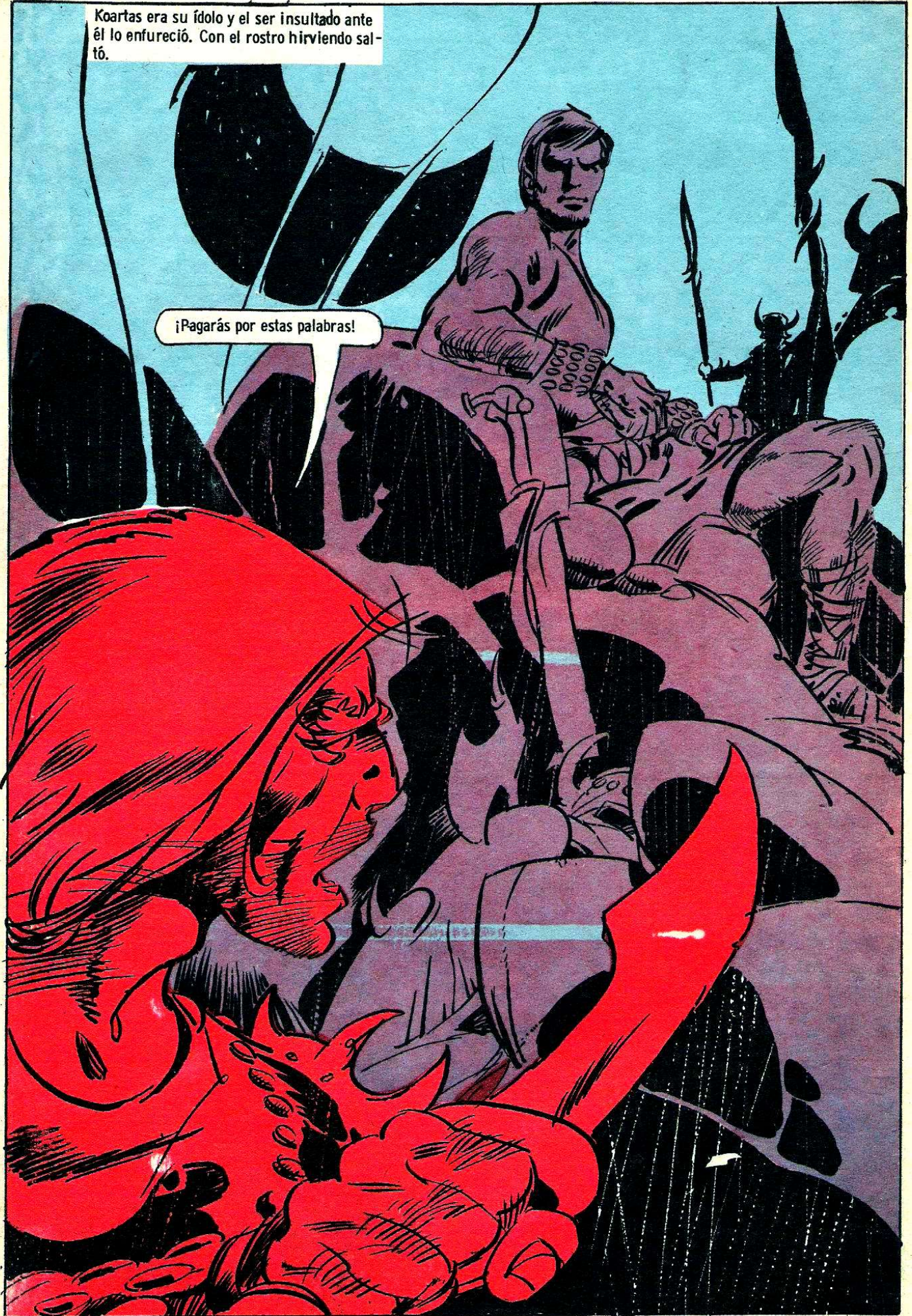


Las naciones veneran a los guerreros que le dan su libertad. Ellos serán semilla de patria. Pero de algún lugar surgen los mercenarios. Tú fuiste la manzana que se pudrió. La que se tiró al chiquero. No serás ya ni simiente, ni tierra. Naciste en este lugar pero ahora hueles al estiércol en que se revuelcan los cerdos.



Koartas era su ídolo y el ser insultado ante él lo enfureció. Con el rostro hirviendo saltó.

¡Pagarás por estas palabras!





Koartas, dile a este imbécil que se siente y se tranquilice. Podría caerle mal la comida.

Koartas eructó y se enjuagó la boca con un trago de vino. El conoce mi fama y tal vez quiso saber hasta qué punto era merecida. Este es un asunto personal, Nippur, y yo nunca interfiere en los asuntos personales de mis oficiales.



¿Has oído, cobarde sumerio? ¡Levántate y responde por tu insolencia!

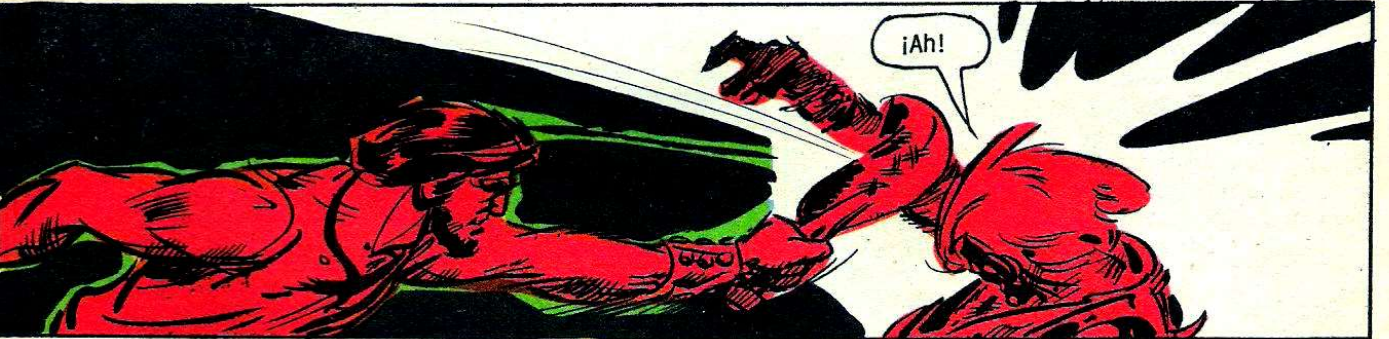


No me molestes, chiquilín. Aún no he terminado de comer.

¡Que te levantes, he dicho!



¡Al diablo contigo entonces!



¡Ah!

¡Saca tu cuchillo, cobarde!



¿Mi espada? Sólo la uso cuando peleo con los hombres.



¡Te mataré! ¡Te mataré!



¡Ah!



¡Oh!





¡Ah!

Apalea a un idiota con un botijo de vino no es algo muy glorioso pero yo no tenía deseos ni de derramar su sangre ni el vino así que lo despaché rápidamente.



No valen mucho tus oficiales, Koartas.

Eructó otra vez y miró con interés cómodos de sus oficiales arrastraban al joven lejos del círculo de luz de la hoguera. Se rascó la barba encogiéndose de hombros.



Es joven. Ya aprenderá a pelear mejor.



Te olvidas que habrá paz.



Ah, sí. Me olvidaba.

Esa noche no dormí. La luna me mantuvo insomne y salí a caminar por entre los fantasmas blancos que bailaban sobre las rocas. En las noches de luna, los centauros aseguran que los fantasmas del pasado vienen en busca de nuestra alma y la torturan con la melancolía.



(Un momento. Me pareció ver algo allí.)



Ahora los ví. Eran dos jinetes escondidos entre las rocas hablando con alguien. Sorprendido reconocí los cascos deformes y los mantos de piel.



(Hititas. ¿Qué hacen aquí?)

(No puedo ver con quién hablan pero debe ser alguien de nuestro campamento. No tiene caballo.)



Oí un saludo gutural y los dos jinetes se alejaron. No hicieron ningún ruido y comprendí que habían envuelto los cascos de sus caballos con pieles.



(¿Y el tercer hombre? ¿Quién es?)

Impelido por la curiosidad me deslicé entre las rocas hacía el sitio en donde lo había visto. Había algo inquietante en esta reunión furtiva.

(Tal vez...)

Me tomó de sorpresa. Yo no había previsto que era un hombre astuto que se movía lentamente. Me debió ver y me esperó.



Desvainé mi espada instintivamente mientras caía sobre una rodilla. Un chorro de sangre me bañó el rostro.

Perro...



Pero cuando aclaré mi visión no había nadie ante mí. Mi misterioso atacante se había desvanecido en la noche. Oí pasos y voces alarmadas, probablemente atraídas por mi grito.

(Se ha ido.)



¿Qué ha ocurrido, Nippur? ¿Quién te ha atacado?

No lo sé. Vi a alguien hablando con dos jinetes hititas. Al aproximarme me atacó.



La voz poderosa de Koartas hizo volverse a todas las cabezas.

¿Has oído, señor? ¿Esos son los hombres con los cuales quieres firmar la paz? ¿Hombres que vienen en la noche a complotar en el mismo círculo de tus tiendas?



No prejuzguemos, Koartas.

¿Prejuzgar? ¿Qué más pruebas necesitas para comprender que los hititas nos llevan a una trampa? ¡No es la paz lo que quieren sino el exterminio de tu pueblo!



¡A taquemos primero! ¡Eso es lo que debemos hacer! ¡No esperemos más! ¡Tómemoslos de sorpresa y...!



Basta, Koartas.



No había equívoco en el tono de voz del anciano rey. Había sido filosófico y cortado el aire como con una espada. La voz de Koartás enmudeció.

El rey de Hatti y yo hemos jurado. No lo olvides jamás, general. Y nunca más vuelvas a sugerirme que falte a mi palabra.



Ven a mi tienda, Nippur. Mis esclavos te curarán. Esa es una fea herida.



Hablaste bien allí afuera.

Bah. Palabras para impresionar a esos guerreros de cerebros de palo. He faltado a mi palabra mil veces cuando lo he considerado necesario y lo volvería a hacer si eso ayudara a conseguir la paz.



Dime, ¿por qué tus generales y jefes son mercenarios?

Cuando buscaba la gloria necesité jefes implacables. Un general patriota, Nippur, mide la vida de sus soldados. Un general mercenario sólo piensa fríamente en los objetivos.



Los ejércitos que sólo se arman para la guerra sucumben con su pueblo. Los que se arman para la paz...

El ejército de un pueblo vuelve siempre a la tierra de donde salió, Nippur. Entonces los mercenarios de la guerra se alejan buscando otro fuego. Siempre ha sido así. No te preocupes. Ya verás. Todo irá bien.



De pronto pareció envejecer ante mis ojos y vi en los suyos una súplica. Un deseo infantil de ser apoyado, confirmado en sus decisiones, casi consolado.

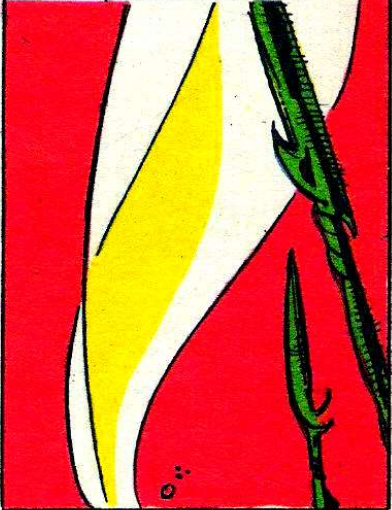
Luchamos demasiado ya. La paz, Nippur. Eso es lo que quiero para el pueblo, para mi pueblo. Para mi gente. Para mí. Paz... paz.



Y de pronto tuve miedo y compasión y amor por este pobre reino, de sueños temerosos, que tras un tráfago de guerras y sangres sólo soñaba con esa paz dorada y única que sería la felicidad de todos. ¿De todos?



Afuera, las lanzas reflejaban el fuego de la hoguera, como si un presentimiento funesto enlutara la noche con una pesadilla metálica...



Muy temprano en la mañana, el ejército despertó con un gruñido de hombres armados. Observando el sol que se levantaba sobre las colinas pensé qué extraño era despertar en vísperas de una paz eterna con trompas de guerra y entorchos de espadas.



Koartas apareció seguido de sus oficiales, sombrío y erizado de espadas, prieto y velludo, con el ceño fruncido. En este día de paz y palomas blancas era como una nube negra y ominosa.

Es el día de las ovejas, Nippur. Hasta puedo sentir el balido y el olor de sus pacíficos excrementos.





También los lobos huelen mal luego de la matanza, Koartas.

¿Oler mal? Deliras, Nippur. Hue- len a sangre y a valor. Es un buen olor.

El viejo rey apareció rejuvenecido y alegre, y ni siquiera la sombría disposición de Koartas pudo turbarlo. Me palmeó en el hombro excitado.



¡Tu vendrás conmigo, Nippur! ¡Quiero que asistas a este momento! ¡Quiero que asistas a mi más gran- de victoria!

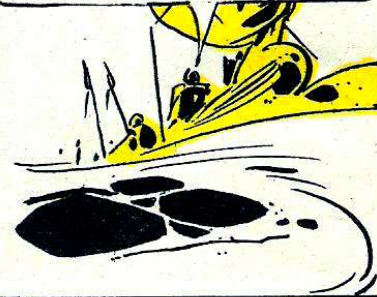
Alcé los ojos y ví una pareja de buitres apa- reándose sobre las ro- cas. Sí. Seguiría ha- biendo aves de carroña. Era un mal augurio pen- sé. No sé por qué... yo soy hombre que gene- ralmente no cree en e- llos.



Iré.

Fue una pequeña cabalgata pues el rey no quería un despliegue bélico que pudiera alarmar a los hititas. Sólo nos acompañaron Koartas y los generales. El anciano rey no podía con su júbilo.

Desde hoy los hombres podrán dor- mir sin miedo del mañana, Nippur. Y las mujeres no deberán temer por sus hombres ni el niño por sus padres. Las ciudades saqueadas se- rán sólo un recuerdo.



Y yo lo habré hecho. Ben- decirán mi nombre en los atardeceres cuando vuel- van de los sembrados.

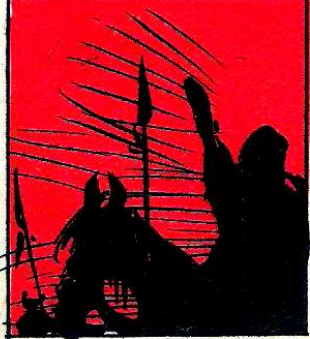


Koartas escupió en el polvo y a mi pe- sar tuve que sonreír. El entusiasta discurs- o del viejo rey de- bía ser una dura prue- ba para la paciencia del guerrero.



¡Los hititas!

Sí. Allí estaban. Apenas un puñado de jinetes recor- tados sobre una colina, in- móviles. Uno de ellos alzó su brazo y comprendí que debía ser el rey, ese otro rey, también lleno de sueños de pan horneado y de muje- res caminando hacia una fuente.



Ya está, Nippur. Ya está hecho. El ha cumplido con su palabra.

Nos acercamos a los hititas al paso, y poco a poco pude comen- zar a distinguirlos y casi instin- tivamente mi mano fue a la espa- da. Demasiadas veces había vis- to esas narices de halcón y esos cuellos de toro por encima del centelleo de sus lanzas. Fue un reflejo de luchador.



Koartas lo había advertido y sonriente me guiño un ojo. Me sentí tan furioso como un niño que ha sido descubierto robando un dulce.



¡Salud, hermano rey! ¡A qué estoy, como lo prometí!



Yo también, amigo. Yo también.

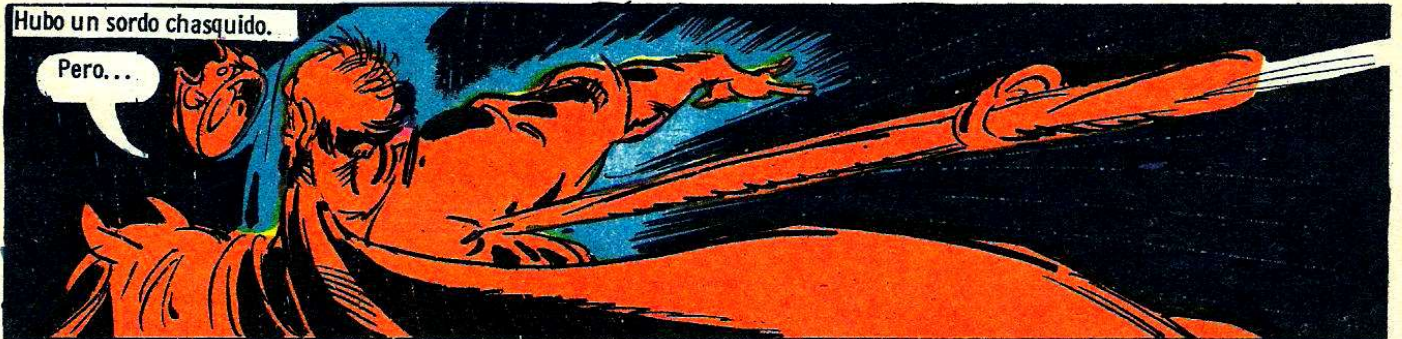


Y entonces vi el jinete hitita que se adelantó. Lo vi echar el brazo poderoso hacia atrás y vi la pesada lanza como una raya negra contra el cielo.



Hubo un sordo chasquido.

Pero...



Otros jinetes rodearon al rey y hubo un centelleo de espadas y la sangre voló a chorros.



¿Qué significa esto? ¿Están todos locos?



Entonces de repente, vi otra vez la pareja de buitres que preparaban el nido, allá en las rocas y comprendí lo que ocurría.



¡Cuidado, señor!

Pero ya el joven oficial al que yo apaleara se había acercado a él y sin una palabra, sin un gesto, lo atravesó con su espada.



¡Asesino!



Me vio llegar sobre él pero no tuvo tiempo de hacer nada. Abrió la boca para insultarme o pedir auxilio, no sé, pero jamás salió el menor sonido de ella.



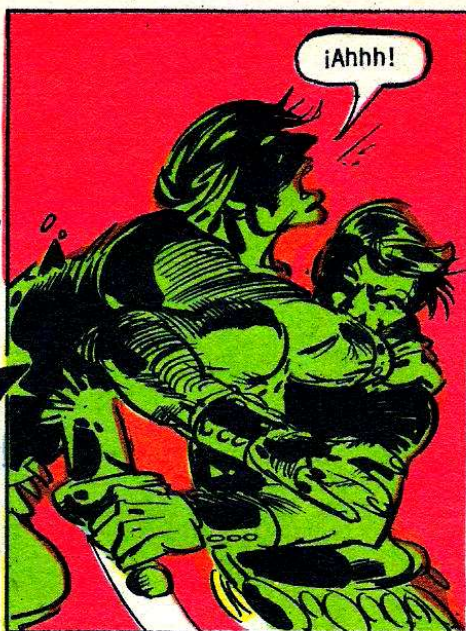


Una lanza me rozó haciéndome rugir de rabia. Vi un rostro ante mí y golpeé como un leñador que abate al árbol.

¡Ahhh!



¡Lo tengo! ¡Mátenlo!



¡Ahhh!



¡Venid, bastardos! ¡Pagaréis por esto!

No. Alto todos. No quiero la sangre de Nippur. Es un lobo como nosotros y no hay razón para matarlo. Lo que deseábamos ya está conseguido.



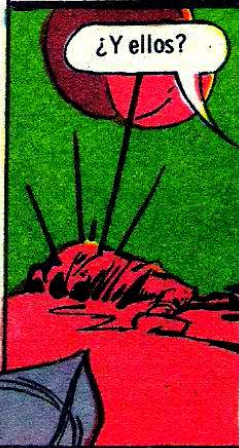
Eres tú el que se encontró con los mercenarios de los hititas, ¿verdad?

Sí. Y debo agradecerte la ayuda que me diste. Tú me ayudaste a plantar la duda en el ejército. Ahora, cuando vuelva y diga que el rey fue traicionado por los hititas y asesinado por ellos nadie dudará.



Señalé a los hititas que nos contemplaban en silencio. Su rey no era más que un bulto sangriento en el polvo.

¿Y ellos?



Estos son mercenarios como nosotros. Generales contratados, Nippur. No hay muchas guerras por estas latitudes, y en una sola cosa estamos de acuerdo. No queremos la paz. Hemos nacido para la guerra y ningún vejete senil nos la arrebatará. Ahora todo estará bien. Lucharemos como guerreros y viviremos como guerreros y moriremos como guerreros.



No. No. La paz. Deténiós, Nippur.



¡Ellos también explicarán que su rey murió en una celada y no habrá nunca más estúpida charla acerca de estúpidas paces! ¡Tendremos guerra y benditos sean los dioses por ello!



¡Volvamos a buscar el ejército! ¡Hasta que uno de los dos sucumba!



Se perdieron en una loca cabalgata mientras los hititas los imitaban en dirección contraria. Arrastré el pobre cuerpo sangrante hasta ubicarlo a la sombra de las rocas.



¿Qué importan los soldados cuando no están nuestros hermanos, ni nuestros hijos entre ellos? Rey, éste es el ejército que armaste para buscar la gloria del fuego. Pronto todo será cenizas.

Tienes razón, Nippur. ¿Sobreviviré?



Miré su herida y un nudo cruel me atañó la garganta.



No, señor.

Nippur, Tienes que volver al campamento. Diles que no..., cuéntales... La paz, Nippur. Hay que salvarla.



El suelo comenzó a temblar y un trueno sordo y lejano empezó a llegar hasta nosotros. Quise que él no lo oyera, que muriera sin saberlo, sin ver eso.

No te preocupes. Lo haré.



La tierra se estremecía ahora y se oían alaridos y órdenes en un caos ensordecedor. Del otro lado se oía el trueno del ejército hitita llegando. Era una ovación de violencia que destrozaba los oídos.

No escuches.



Miró el cielo y su mandíbula tembló. Un sollozo lo estremeció y vi las lágrimas ahogarle sus viejos ojos de niño.

Mi paz. Mi paz.



Señor...

El día era una hoguera de alaridos y relinchos, de ayes, de estruendos, de polvo y estandartes. Se oía el entrecocar de escudos contra escudos, el silbido de las flechas, el bramar de los carros de guerra y el ulular de las tropas de batalla. Húmedo de sangre y lágrimas, el viejo rey yacía entre mis brazos, muerto de espada y de fracaso.

**Fin**

NIPPUR DE LAGASH

(E-146)

EL PUEBLO PACÍFICO

Por ROBIN WOOD



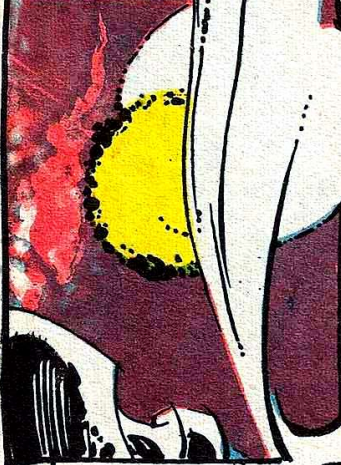
Dibujos de MULKO

2-461

Me sorprendió en contrarme de pronto con aquel pueblo perdido cerca de las fronteras egipcias. La tierra es allí áspera y dura y sólo lagartos y reptiles parecen hallar alguna razón para habitar en él.



Y sin embargo allí estaba el pueblo, con sus casas de piedra y su fuente de agua en el centro, con sus pequeños huertos y sus campos sembrados.



Y también me pregunté cómo podían sobrevivir, tan cerca de los caminos que atravesaban los ejércitos egipcios, hititas y acadios en sus marchas y contramarchas. Las guerras son una de las peses con las que siempre deben contar los labradores.



Mira, padre. Un jinete.



Si. Parece venir solo.

La muchacha y el anciano me observaron acercarme sin alarma. Parecían de una raza extranjera, tal vez venida del norte, con su gran estatura, sus cabellos negros y sus ojos oscuros. Sus ropas estaban limpias e incluso con algunos detalles de riqueza.



Los dioses sean con vosotros.

Y contigo, forastero. Mi nombre es Zenoth y ésta es mi hija Karam. Baja de tu caballo y te ofreceremos comida y bebida.



La muchacha me sonrió y en esa sonrisa había una invitación vieja como el mundo. Yo había pasado muchos días en el desierto y en el desierto no se encuentran hermosas muchachas. Lagartijas, a lo sumo.



Con gusto.

El pueblo era próspero. Vi barriles de aceite, depósitos de granos, tejedurías, ganados, viñas, hornos. A cada momento me sorprendía más y más que, situado en el vórtice de la guerra, este villorio apareciera intocado.



Este... dime, anciano, ¿nunca vienen soldados por aquí?

Oh. Muy de cuando en cuando. Piden algo de comer y de beber y luego se van.



Hmmm. Es extraño.

¿Qué es extraño, forastero?

Pues, un pueblo como éste sería la tentación de cualquier tropa. No comprendo cómo no habéis sido saqueados.



Las mujeres son hermosas y los jóvenes fuertes. Cualquier mercader de esclavos pagaría una carreta de oro por ellos.

Y recién entonces reparé en los pesados brazaletes y collares de la muchacha. Y hasta su pesado cinturón de discos...

Pero, creo que el oro no es nada extraordinario aquí.

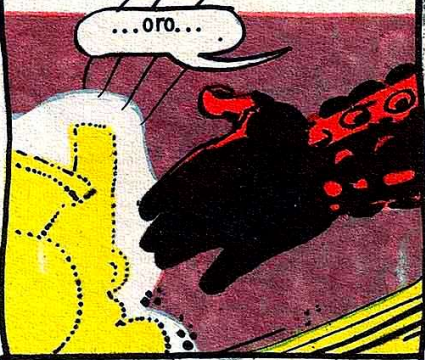


¿Oro? ¿Te refieres a esto?

En los roquedales hemos encontrado la piedra amarilla. Es muy útil. La usamos para hacer utensilios con él, copas y tinajas. Es práctico.



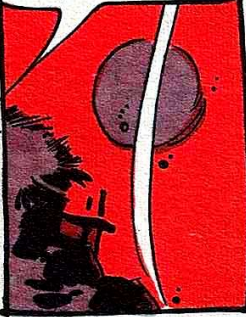
Por un instante vacilé al absorber el sentido de sus palabras. Poco a poco comprendí que la mayor parte de los objetos domésticos que veía eran de...



...oro...

El anciano me miraba ahora con ojos curiosos.

¿Algo te ha impresionado, amigo?



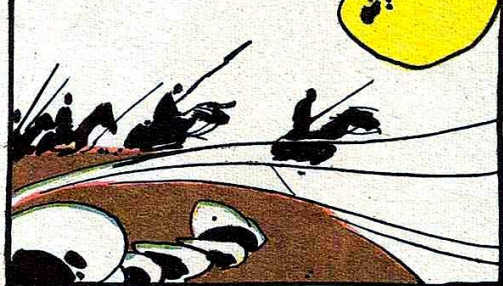
Ya lo creo. Jamás he oído de algo parecido. No comprendo cómo jamás has sido atacado por soldados o mercenarios. El botín tentaría hasta a los dioses.



No veo qué tiene de tentador. No es un metal muy bueno y pasamos nuestra vida enderezando los instrumentos que hacemos con él. No. No es muy bueno pero no hay otro.



Su nombre era Kor-Aman y venía de perder su guerra. La había visto perderse en los arenales bajo las cargas tremendas de los carros egipcios de Akenamon y su bestial coraje no había podido hacer nada para evitarlo. Sólo la fuga lo había salvado.



Y ahora marchaba por ese desierto de fuego, seguido por unos cincuenta mercenarios, tan derrotados como él, aún cargando sus armas inútiles, su orgullo deshecho y su rabia intacta.



(¿Y ahora? ¿Qué haremos ahora?)

(No tenemos comida. No tenemos agua. No tenemos oro. Nuestros caballos están reventados y seguramente los egipcios nos siguen para terminar con nosotros.)



(¿Qué haremos?)

¡Mira allá, general! ¡Hay un pueblo!



¿Un pueblo?

La caballería egipcia marchaba en perfecto orden, con sus lanzas apuntadas al cielo flamígero y sus enjutos soldados impasibles y hiératicos. Tenían la costumbre del desierto y del calor, tenían alimentos y agua y tenían la victoria detrás suyo y alimanas que exterminar delante. Nada más.



Morebatan escrutaba el horizonte hasta herir sus ojos, ansiando ver los danzantes puntos negros que le señalarían a los fugitivos. Su armadura estaba aún salpicada de sangre seca pero su sed no se había apaciguado. Aún recordaba la fiebre asesina de la batalla y quería revivirla otra vez.

(Cuando los alcance...)





(Volveré a Tebas con sus cabezas colgando de las colas de nuestros caballos. Y la de Kor-Aman en una jaula de palo, como regalo para el faraón.)

¡Urudan! ¿Qué ocurre con esos exploradores? ¿Por qué no vuelven?



No demorarán, señor. Ya deben estar por...



Allí regresan.



¡Los mercenarios, señor! ¡Están a medio día de marcha! ¡Están entrando en un pueblo!



¿Un pueblo? ¡No hay ningún pueblo en el desierto!



Eso creíamos nosotros, señor, pero hay uno. En un valle al abrigo de las montañas. Muy verde y muy próspero. Nos sorprendimos mucho al verlo.

¿Próspero dices?

Sí, señor. Ganados de todo tipo y mucha gente joven.



Los dos exploradores cambiaron una mirada entre ellos y luego se volvieron a él. Morebatan reconoció la luz febril de sus ojos y la sequedad de sus labios.



Hermosas muchachas, señor.

(Vaya. Mi suerte parece ser mayor de la que yo creía. No sólo volveré con las cabezas de los enemigos de Egipto sino también con ganados y esclavos. Sí. Buena suerte la mía.)



¿De dónde vienes, Nippur?

De aquí. De allí. De ninguna parte. De todas partes.

¿Te persigue alguien?

Solamente el perro de la pobreza, muchacha. No hagas tantas preguntas. Yo no tengo suficientes respuestas.

En ese momento oímos el golpe de los cascos y me puse de pie alarmado. Había un tambor de tragedia en esa marcha monótona y cansada...

¿Quién llega?

No sé.

Me bastó un vistazo para reconocerlos. Tenían la carne dura y macerada en sudor de los mercenarios y la pupila rabiosa del derrotado que busca sangre para lavar su vergüenza.

(Mala cosa para el pueblo.)

Mala cosa, en efecto. Vi al jefe detener su semimuerto caballo y descender chorreando polvo. Había tajos en su armadura y parches de sangre seca. Olfía a sudor y a desesperanza, pero una desesperanza asesina como la de un lobo acorralado.

¿Quién es el anciano del pueblo?

Nadie pareció asustado. Por el contrario, sonreían y algunas jóvenes llevaban agua y flores a los soldados. Oír gorgoteos líquidos, toses y frases soeces.

Yo soy, noble señor. ¿Qué puedo hacer por ti?

Comida, vino, agua y alojamiento. No tengo oro pero tengo espada. Esa es mi moneda de pago.

No pedimos nada como pago, señor. La hospitalidad es nuestro lujo.

¡General! ¡Mira esto! ¡Es oro!

¿Eh?

Los vi arremolinarse entre gritos y exclamaciones de incredulidad como cerdos junto a la basura. Los pobladores no se alarmaron. Seguían allí sonrientes y casi curiosos.

¡Sí! ¡Es oro! ¡Todo es de oro aquí!

¿Eh tú, viejo! ¿De dónde has sacado esto?

De las cavernas, señor. Hay mucho allí. No tenemos bronce pero tenemos el metal amarillo. Nos sirve para nuestros utensilios aunque se rompen a menudo. A falta de nada mejor...

Lo miraron estupefactos un momento, sin creer en sus oídos (como me ocurriera a mí) y de pronto comenzaron a reír a carcajadas, enloquecidos.

¡Los dioses nos han bendecido! ¡Nuestra mala suerte ha terminado!



Y tú, viejo, nos llevarás a esas cuevas no bien hayamos descansado y comido. Nosotros te liberaremos del peso de este mal metal.

Como digas, señor.

Dime, Karam, ¿es tu padre ciego? ¿No ve la catástrofe que se cierne sobre el pueblo? Esos hombres arrasarán todo.

¿Por qué lo harían? Les daremos lo que pidan y se irán.



No creo que sea tan simple. Hay algo más en esos hombres que el simple deseo de riqueza. Ellos buscan sangre y revancha.

No te comprendo.



En ese momento vi la lejana columna de polvo. Estaba muy lejos y ninguno de los mercenarios la había advertido. Estaban demasiado enloquecidos con este hallazgo como para recordar que tal vez hubiera un peligro a sus espaldas.



Escucha, Karam. Creo que sé cómo salvar al pueblo. Todo lo que necesito es que mantengáis a los mercenarios ocupados. Dadles vino y comida y danzad para ellos. Cualquier cosa, ¿me oyes?



Te oigo.

Yo dejaré el pueblo.

No podrás. Han dejado centinelas en las salidas.



No te preocupes por eso y haz lo que te dije.



Me deslicé por las calles traseras, oyendo los aullidos y las carcajadas de los mercenarios. Corrí doblado en dos.

(Mi caballo está cerca de la entrada...)



(Y allí hay un guardia.)



(No debo hacer ruido.)



Pero...



No lo dejé gritar. Barbotó algo pero ya mi correa de cuero se había cerrado alrededor de su cuello como un cepo de bronce.





Se removió y pateó alzando poivo.



Y por fin...
(Ya está... Debe haber otro...)



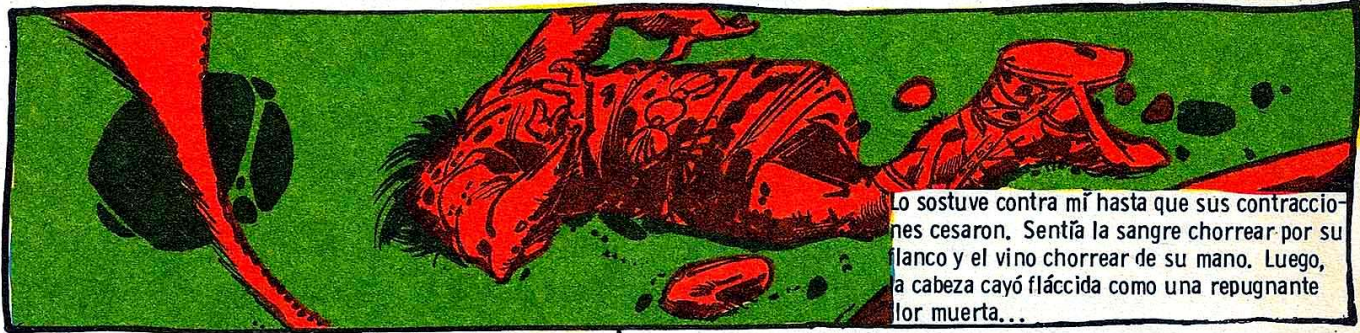
Lo había. Apareció en ese momento chasqueando sus labios y llevando una jarra de vino en las manos. Eructó complacido y me vio.

Pero...



Salté hacia él y lo abracé. Su hedor a sudor, a suciedad y a sangre seca me abofeteó el rostro. Vi su boca roja de vino abrirse para gritar y le hundí mi puñal en la cintura.

Ah...



Lo sostuve contra mí hasta que sus contracciones cesaron. Sentía la sangre chorrear por su flanco y el vino chorrear de su mano. Luego, la cabeza cayó flácida como una repugnante flor muerta...



(Y ahora a mi caballo.)



Kor-Aman dejó caer en tierra el botijo vacío y se relamió la boca chorreante de vino. Su espíritu devorotado momentos antes volaba ahora como las águilas y él acariciaba sueños de una grandeza con la que jamás se atreviera a soñar.

¡Formaré ejércitos y nadie podrá resistirme!



¡Y cuando eso esté hecho, levantaré un ziggurat, una torre que llegue hasta el cielo y llegaré hasta los dioses y me sentaré entre ellos!



En ese momento oyó el relincho.

Un momento... ¿Qué fue eso?

Un relincho, señor... Nada más.



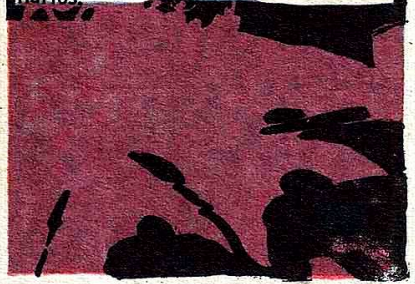
Sí, pero no vino desde nuestra caballada, sino del otro lado del pueblo...

Tal vez...

A una voz gritada por sus oficiales, los arqueros egipcios aparecieron de pronto en todos los tejados en perfecta formación, con los arcos tendidos y las flechas centradas en sus blancos.



Y en cada extremo de la calle apareció la caballería con sus lanzas horizontales formando dos diques de muerte en el cual estaban encerrados los mercenarios.



¡A las armas!



Pero al mismo tiempo una andanada de flechas cayó sobre los mercenarios, aún atontados por el vino y por los sueños. Hubo alaridos terribles.



Y otra nube de flechas los acribilló. Y otra. Y otra. Los arqueros egipcios disparaban saeta tras saeta sin interrupción, sin gritos y sin inútiles gestos.



¡Ahhh!



Vi a Kor-Aman avanzar aullando hacia los jinetes, espada en mano, chapaleando en los charcos de vino y de sangre, aullando a sus hombres para que lo siguieran, pero sus hombres estaban muertos o muriendo.



¡No! ¡Ahora no! ¡No pueden detenerme ahora! ¡Ahora yo seré...!

Una flecha le atravesó el cuello. Otra, el pecho. Se detuvo descajando las mandíbulas como si fuera a gritar algo...



Pero varios jinetes adelantaron sus caballos y atravesaron su cuerpo a lanzazos...





Ahora... Mi torre hasta los dioses...



Un oficial se inclinó sobre él Tenía en las manos un corto puñal Buscó el punto vital y...

¡Ahhh!



Los egipcios apilaron los cadáveres y amontonaron las armas. Morebatan hizo marchar su caballo sobre la tierra ensangrentada y aspiró el aire satisfecho. Luego se volvió hacia mí.

Ya está hecho, sumerio. Tu plan resultó.



¿Fue idea tuya, Nippur?

Sí. Yo lo busqué y los traje. Había que salvar al pueblo.



En ese momento oímos voces excitadas. Uno de los soldados indicaba numerosas vasijas a su jefe.

Pero no sé hasta qué punto los salvadores serán mejores que los invasores.



Viejo, ¿dónde has hallado todo este oro?

¿El metal amarillo? En las cuevas, señor. Es una maldición. No sirve para mucho y es lo único que hallamos.



¡Llévame a las cuevas! ¡Ahora mismo!



Era la fiebre otra vez. Estaba de pronto en los ojos de los soldados, en sus manos temblorosas, en sus voces excitadas. Renegué en voz baja.

Esto será el fin del pueblo. Se enloquecerán.



Allí, señor.



Morebatan descendió por la cueva en oculto y sus soldados lo siguieron empujándose unos a otros, entre gritos y aullidos de bestia. Los pobladores los miraron entrar en el túnel.



¡Mira, señor! ¡Oro! ¡Por todas partes! ¡Somos ricos!
Sí. ¡Pondremos a todo el pueblo a trabajar en la mina! ¡Traeremos esclavos y...!



Pero...



Poco a poco la ceguera del oro comenzó a desaparecer y las voces en mudecieron. Todos miraban el suelo de la caverna cubierto de esqueletos. Recién ahora reparaban en el hediondo olor...



¿Qué es esto? Esqueletos...
Es... Es verdad... Muchos...



Háy miles de ellos. Algunos murieron hace mucho. Otros son recientes.

Fueron soldados. Tienen cascos y armas...

Pero, ¿cómo? ¿Y quién los mató?



En ese momento oyeron el lento fragor y vieron la entrada luminosa de la caverna irse oscureciendo.

¡La entrada! ¡La están cerrando!



¡No! ¡Deténganse!



¡No! ¡No! ¡Abrid! ¡Abrid! ¡Socorro!

La enorme roca sellaba ahora la entrada de la caverna como una losa sepulcral. Afuera se podían oír los gritos apenas audibles como si vinieran de otro mundo. ¿Y acaso no era así?



¿Qué... qué haréis con ellos?

Quedarán allí para siempre, Nippur. La roca se mueve fácilmente desde afuera pero es imposible desde adentro. Morirán allí como tantos que vinieron antes de ellos. ¿Querían oro? Lo tendrán para toda la eternidad.



Debió leer en mi rostro pues sonrió cruelmente.



Sí, Nippur. De esa manera nuestro pueblo ha sobrevivido a través de las épocas. Nadie sale jamás con vida de aquí. Todo el que entra en nuestro pueblo sella su destino.



Si no fuera así nosotros seríamos destruidos. Por eso, el que pisa nuestra tierra está condenado a muerte.



¿Y yo?

Tú puedes irte, incorruptible. Serás el primero y el último.



Me miraron montar a caballo sin un gesto. De pronto el anciano se adelantó.

Puedes tomar oro si quieres. Te lo debemos.

¿Oro?



No... No lo quiero. Guárdalo. Huele a sangre.



Evidentemente los dioses están contigo, Nippur. Acabas de salvar tu vida por segunda vez. Vete ahora. Ahora estoy seguro que nuestro secreto está a salvo contigo.



No me lo hice repetir. Taloneé mi caballo y crucé al galope ese pueblo tranquilo, próspero, con su silencio pacífico y acogedor...



...en el cual la muerte satisfecha se reclinaba otra vez entre sus viñedos para esperar a las próximas víctimas.



Amigo, si cruzando el desierto ves ese pueblo, no te acerques a él. ¿Me oyes?



FIN

Woodiana.

NIPPUR DE LAGASH

EL DIOS DE PIEDRA

Por ROBIN WOOD

Dibujos de MULKO

Los dos hombres acorralaron a la muchacha junto al barranco. Era evidente que lo habían hecho muchas veces, se movían con los gestos precisos del experto...

Vestían de cuero teñido de negro con jugo de hierbas y también tenían las manos y los pies pintados de negro, lo cual supuse, debía ser un símbolo religioso desconocido para mí.



Dejadme ir... Os lo suplico.



Ellos no contestaron y se cerraron aún más contra ella. Detrás suyo, el abismo bostezaba abriendo sus inmensas fauces cavernosas...



Dejadme ir... por favor... Hay otras...

Una mano negra se disparó hacia adelante con la celeridad de una serpiente.



¡No!

No... Por los dioses... Dejadme ir... No quiero...



Ninguna de las dos siluetas dijo una sola palabra. Simplemente, la pusieron de pie, le ataron las manos a la espalda y le metieron una piedra en la boca para ahogar sus gritos. Eran eficientes y prácticos...



¡No quiero!



Un momento.



Me miraron sin hablar e hicieron un gesto mágico con los dedos para rechazarme.

No seas idiota, amigo. Sólo quiero saber qué es lo que ocurre aquí.



La llevamos para sacrificarla a Enki.

¿Enki? ¿Y desde cuándo el dios acepta sacrificios humanos?

Dejadla ir. Yo hablaré con vuestro sacerdote y...

Yo debo haberme vuelto charlatán como ciertos viejos pues aún estaba dándoles mi pomposo discurso cuando uno de esos prácticos y negros ministros de los infiernos dio un paso y...

¡Ah!

El resto fue silencio y negrura.

Cuando desperté había manos finas que me limpiaban el rostro, perfume en el aire y un maldito dolor dentro de mi cráneo.

¿Dónde? ¿Dónde estoy?

No te muevas, señor. Estás muy malherido. Los golpes de los látigos de los sacerdotes pueden ser mortales. Has tenido suerte.

¿Quién eres tú?

Me llamo Niver y la muchacha a la que ayudaste era mi hermana. Cuando los hombres del sacerdote se fueron conseguí subirte sobre tu caballo y traerte aquí.

¿Tú estabas en el bosque?

Sí. Nuestra casa fue señalada por el dios y una de nosotras debía ser sacrificada. La que fuera atrapada. Mi hermana lo fue.

No entiendo esta historia de sacrificios. Enki nunca ha pedido víctimas humanas. ¿De qué se trata?

Mira.

La estatua era tremenda, más alta que un hombre, hecha con placas de piedra de una delicadeza extraordinaria.



¿Qué hay con ella? Una estatua más.

Espera... Mira a sus pies...



La vi. Tuve el presentimiento del horror.



Pero, me pareció que la estatua...

No te pareció. Se mueve.



¡Sí! ¡La estatua se movía! Lenta, torpemente, dejando caer torrentes de polvo. Oí el estampido de sus pies de piedra despegándose del suelo.



No puede ser...

Vi la estatua avanzar hasta la muchacha y oí un grito de terror y algo así como el bramar de un toro.



Luego...



Silencio.



Y por fin, torpemente, haciendo temblar la tierra, la estatua volvió a su posición. La sangre se deslizaba pesadamente por su espada de piedra y formaba un charco a sus pies.



No... no lo puedo creer. ¡Está viva!

Sí. El sacerdote dice que Enki volvió a la vida furioso por la impiedad de los hombres y que ahora castigará a nuestro pueblo hasta que volvamos al sendero de los dioses con humildad y fe.

Una humildad ayudada de esta manera se propagará rápido. Enki es un dios práctico aquí por lo que veo.

No te burles de él. Yo debo huir.

¿Huir por qué? Dijiste que una sola sería sacrificada.

Hoy. Mañana, Enki tomará a otro miembro de la familia y luego a otro hasta exterminarla. Dice el sacerdote que los que han pecado serán exterminados hasta sus raíces.

Así es, Niver. Aún tienes la noche y la mañana antes que el dios de piedra despierte de su sueño y pida más sangre.

Era el sacerdote y su aspecto me sorprendió. No había en él esa ferocidad fanática y escuálida de los que bañan todo en sangre en nombre de los dioses. Por el contrario, era rechoncho y sonriente, con las manos cargadas de anillos y el rostro plácido de un comerciante exitoso.

No estés aquí mañana, Niver. Sabes de la falta de piedad de Enki.

Lanzó otra sonrisa y se fue.

¿Y ahora?

Pronto tendré más visitantes. Ya lo verás. La noticia debe haber corrido. Ya saben que mi familia está condenada.

No se equivocó. La tarde recién había comenzado a caer cuando el hombre vestido de negro llegó. Tenía la piel pegada a los huesos, la nariz ganchuda y el cráneo pelado pero su parecido a un buitre no terminaba allí.

He aquí una bolsa de oro, Niver. Por tus propiedades.

Es poco, Uranatim.

Es lo único que pude reunir hoy. Tú sabes cómo es cuando debes hallar oro en tan poco plazo. Lo siento.

Espera. ¿Vendes tus propiedades?

Sí. Esta casa, mis esclavos, mis ganados, los viñedos y ocho tiros de flecha de tierra.

¿Por esto? ¡No alcanzaría ni a pagar por un esclavo!

La maldición del dios ha caído sobre ella. Debe partir esta noche antes que el sol se levante. Tendrá más suerte que su hermana. Por lo menos conservará la vida.

No vendas aún, Niver. Espera hasta la noche.

Pero...

Confía en mí...

Está bien. Ya lo has oído, Uranatim. Vuelve esta noche.

Los helados ojos de buitre se volvieron hacia mí sin expresión. Eran ojos muertos, petrificados en ese rostro también muerto. Me estremecí a mi pesar...

Volveré.

¿Y ahora?

Ahora quiero que me esperes. Espera hasta que yo vuelva, ¿me oyes? Si a la noche no estoy aquí puedes hacer lo que quieras.

¿Sospechas de Uranatim?

Sospecho de todos aquellos que exprimen oro de la tragedia, muchacha. Hay demasiados de ellos. Dime, ¿cuántas familias han emigrado?

No te lo puedo decir con exactitud. Casi todas las grandes de la ciudad.

¿O sea que el dios elige siempre a los ricos?

¡Sí...

Dios muy práctico éste. Demasiado.

Dejé mi caballo y calcé sandalias de cuero y sólo llevé mi espada y mis cuchillos y comencé a ascender la colina que llevaba al santuario.

(Feo lugar... Siniestro...)

En ese instante oí la voz. Era inhumana, potente e hizo estremecer la montaña.

Enki habla. Enki ha castigado otro pecado, pero el árbol castigado aún tiene raíces y ramas.

Y Enki quiere la pureza, quiere la destrucción del pecado. Enki hablará mañana otra vez y dará otro nombre.

Era muy impresionante e imaginé el horror en esas pacíficas gentes, llenas de fe y de miedo...

(Pero Nippur es un descreído. Nippur necesita ver con sus propios ojos...)



(He aquí el dios de piedra. Huele a podrido. Demasiada sangre se ha corrompido sobre su espada...)



(Hmmm.)



(Y allí una cueva. Tal vez es allí y no en el templo donde debo mirar...)



El ancho túnel penetraba en la roca y pensé que tal vez había sido cavado por los dioses en la época en que aún habitaban la tierra.



(Sí, tal vez los dioses lo excavaron...)



(Pero no son dioses los que han andado por aquí últimamente. O si lo son, son dioses muy particulares que aman la carne y el queso...)



(E incluso el vino, hasta el punto de no dejar ni una gota, malditos sean...)



(Pero... oigo voces...)



Me deslicé al interior con cuidado infinito y vi el reflejo de una hoguera y voces humanas.

(¿Quién será?)



... y el forastero la convenció de que no vendiera aún. Ella estaba lista para hacerlo. De no ser por ese entrometido...

Hmmm.



Media docena de guardias estaban sentados cerca de ellos, comiendo. Se habían sacado las máscaras y ahora no había nada siniestro en esas caras patibularias con sus mandíbulas sucias de grasa. Simples caras de rufianes...

Dale esto al pequeño...



(Dioses...)

No lo había visto al principio. Estaba sentado en un rincón mirando estúpidamente a su alrededor. No había visto un hombre tan enorme antes, excepto mi amigo Ur-El, el gigante de Elam.



Debía sobrepasarme por una cabeza, a mí, que siempre he debido mirar hacia abajo para ver los ojos de mis interlocutores. Su rostro era una máscara bestial y sus brazos macizos como troncos de árbol...

Ahhh...



Creo que lo mejor sería hacer hablar al dios otra vez, ¿no crees?

Sí. Si el ejemplo cundiera habría problemas.



Recién entonces reparé en el inmenso cuerno de bronce colgado del techo de la cueva. Me hizo recordar los cuernos de guerra de los egipcios pero cien veces mayor. El sacerdote se llegó junto a él y...

¡Hombres!



Casi pude oír las paredes de la cueva temblar y estremecerse y comprendí cómo el dios hablaba a los habitantes. Sonreí en mis tinieblas...

(Hice bien en desconfiar de ese dios que compra viñedos...)



Lentamente me deslicé fuera de la cueva. La voz del dios hacía retremblar las paredes de la colina pero ahora ya no me impresionaba. Ahora yo ya sabía.



¡Un forastero ha sembrado la duda entre los pecadores!
¡Un forastero ha hecho que mis órdenes no fueran cumplidas!

¡Y por ello, el forastero y el pecador deberán sufrir el justo castigo!



Me reí entre dientes e hice un gesto obscuro al lejano santuario.

(Eso lo veremos, oh dios de los comerciantes...)



La muchacha estaba histérica de terror cuando llegué a su casa y había decidido huir incluso sin el oro ofrecido por Uranatim. Me costó un gran esfuerzo disuadirla.



Tenme confianza, pequeña. En esto no hay nada sobrenatural. Es apenas un juego de rufianes. Son rufianes astutos, eso sí, pero hasta los más astutos rufianes pueden fracasar.



No entiendo. Oíste al dios. ¡Debemos huir!

¿Huir? ¡Oh, no! Lo que debemos hacer es preparar una pequeña fiesta.

Pero, ¿no comprendes? ¡Los sacerdotes vendrán mañana a buscarnos!

Déjalos que vengan. Y tú, acompáñame. Debo preparar ciertas cosas necesarias para el día de mañana. Ese día debe ser un verdadero día de regocijo para algunos.

Cuando el sol se levantó al día siguiente, los hombres negros bajaron de la colina. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas y dentro de las casas borboteaba el terror como un caldo negro. Ellos venían a buscarnos con sus terribles látigos colgando de las muñecas.

¡Forastero! ¡Sal afuera! ¡El dios reclama tu sangre!

Me asomé y los vi de pie allí, seguros y tranquilos. Estaban cometiendo un error pero no lo sabían aún.

Me llamas, ¿eh?

¡Sí! ¡El dios...!

Yo ya estaba harto de ese dios que no parecía tener otra cosa que hacer que molestar a los humanos. Tomé el bulto envuelto en una manta junto a mis pies y...

¡Toma! ¡Llévale esto al dios!

¿Qué?

¡FLOR!

Y la nube negra, gorgoteante, zumbante, emergió del bulto y hubo alaridos de dolor.

¡Avispas! ¡Socorro!

¡Ahhh!

El infierno parecía haberse desatado en la calle y los sacerdotes huían entre alaridos y manotazos perseguidos por zumbantes enjambres asesinos.

¡Socorro!

¡Mis ojos! ¡Ahhh!

Bien, creo que los sacerdotes no estarán en condiciones de hacer ofrendas al dios por un tiempo, así que...

... yo me encargaré de hacerlo.

El sacerdote estaba de pie junto a la estatua del dios y me vio ascender. Vi su rostro palidecer pero consiguió recuperarse.

¡Enki! ¡El pecador viene hacia tí! ¡Haz sentir el peso de tu cólera!



Y la estatua se movió. Lentamente, como un monstruo que despierta. Descendió de su pedestal.



Y avanzó hacia mí, bamboleándose como un navío en alta mar.



Se detuvo cerca mío y la gran espada de piedra comenzó a levantarse. No había fuerza humana que pudiera enfrentar a esa criatura de pesadilla...



Con la espada en alto avanzó otra vez hacia mí. Oí un resuello gutural.



Y entonces arrojé el aceite hirviendo...



Corrí hacia él y le arranqué el casco. La visión casi me hizo descomponer. El aceite hirviendo había entrado por la visera del casco de piedra bañando el rostro. Era un amasijo de carne roja y humeante.



Lo decapité de un golpe de espada. Era mejor así. No valía la pena hacerlo sufrir.

Me escurrió el sudor de la frente y recién entonces advertí que la ladera de la colina negreaba de gente. Los habitantes del pueblo me habían seguido por curiosidad y ahora no daban crédito a sus ojos.

Allí tenéis a Enki, el dios sediento de sangre.



Apenas una armadura de piedra, con un gigante idiota adentro con fuerza suficiente como para moverla. Eso era el dios.



La trompa de bronce nombraba víctimas y el dios las sacrificaba, y Uranatim compraba las tierras y pertenencias de las familias por un puñado de monedas. Luego, él y el sacerdote lo repartían. Se hubieran apoderado así de todo...



... pero hay quienes desconfían de ciertos dioses demasiados terrenales.



Por un instante, el silencio más completo reinó en la colina, luego se comenzó a oír como un mar que se pusiera en movimiento.



Los perros...



Los asesinos...

Asesinos...



No... No...



Asesinos...

¡Asesinos!



Asesinos...



¡Ahhh!



Yo no me quedé a ver el resto. No me interesaba. Yo soy guerrero que pelea con leones pero que no remata hienas. Siempre hay alguien que lo hará y después de todo, ellos tenían derecho a su gota de sangre. Por eso yo los dejé allí y bajé colina abajo rumbo a ese pueblo de casas vacías y ventanas abiertas...



... en cuya calle apenas si se veía un perro espulgándose concienzudamente. Se detuvo al verme pasar pero luego continuó. Para un perro, sus pulgas son más importantes que todos los dioses de los hombres...

FIN

NIPPUR DE LAGASH

PRIMERO EL VUELO DEL PINZÓN

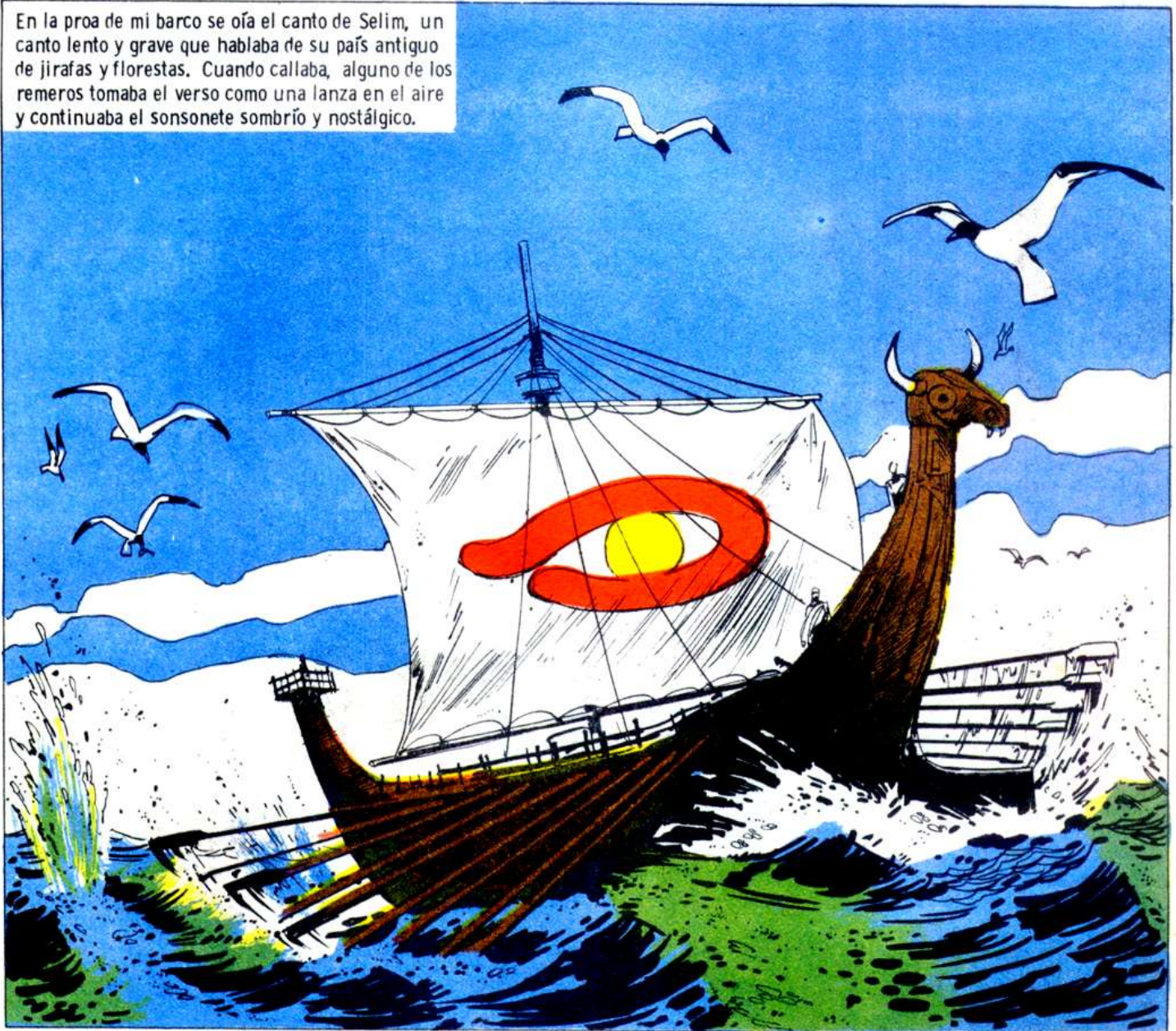
Por **ROBIN WOOD**

(E-143)

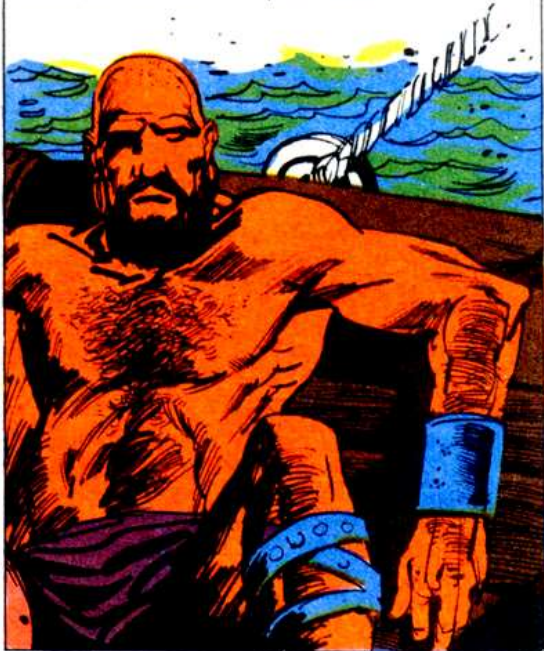


Dibujos de **LEOPARDI**

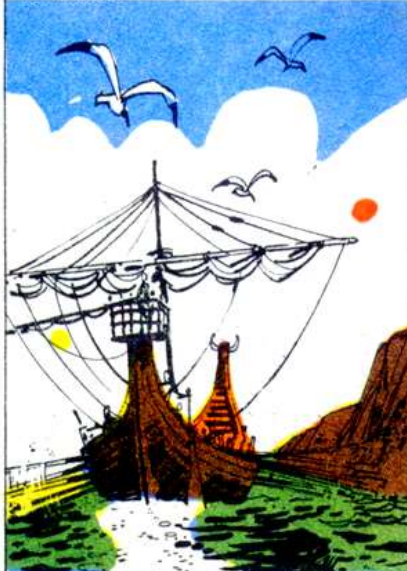
En la proa de mi barco se oía el canto de Selim, un canto lento y grave que hablaba de su país antiguo de jirafas y florestas. Cuando callaba, alguno de los remeros tomaba el verso como una lanza en el aire y continuaba el sonsonete sombrío y nostálgico.



Arthos extendía su gran cuerpo de luchador al dedo amarillo del sol, haciéndome recordar a los perezosos leones de mi país de Elam.



Al flanco de nuestro barco corría la orilla escarpada y gris de la tierra de los tracios, agreste y vital, con viejos altares abandonados que en la época de los titanes se alzaron a los dioses.



Si no hubiera estado fastidiado por el monótono canto de los remeros, quizá no los hubiera visto.



Era un hombre de gallardo porte vistiendo arreos de batalla que, erguido en la arena color de miel, contemplaba a un nutrido grupo de guerreros que avanzaba sobre él.



Soy hombre que rige su vida con la espada y no intervengo en una pelea leal, pero cuando muchos se reúnen en manada para acabar con uno solo, tengo un deber de guerrero que cumplir.

¡Selim, el barco a la orilla! ¡El barco a la orilla!



¿Qué ocurre?

Mira.

Los ojos veloces y agudos de Arthos volaron sobre las aguas y cayeron sobre el grupo. Sonrió con su sonrisa de cazador.



Ya veo. Muchos chacales para un solo león.

Cerca de la orilla empuñé mi hacha de combate y salté al agua. No necesité mirar para saber que Arthos y mis tripulantes me seguían.



La arena estaba seca y ardiente bajo mis pies mojados y los pequeños caracolillos se escurrían, duros y muertos, a cada paso. El sol de frente me cegaba.



Entonces el guerrero se dio vuelta y nos contempló. Su rostro estaba tan pálido como la espuma de las olas y su sonrisa, fría y distante, carecía de alegría y de vida. Sólo entonces vi la sangre que le manaba de la cintura.



Salve, forastero. Me alegro de ver un rostro desconocido en esta arena de infierno.



Te observé desde mi barco y vistas como un guerrero. ¿Quiénes son esos hombres y por qué buscan tu vida?



Por odio.

¿A ti?

Sí. Son todos miembros de una pequeña ciudad tracia que viven en la falda del Monte de la Luna, aquel que ves allá.



Quise preguntar más cosas, pero cayó de rodillas y un alarido de júbilo brotó del grupo que se acerca con las armas desnudas.

Allí viene uno de ellos. Parece ser el jefe.



Era ágil y feroz y sus ojos relucían con placer de fiera. Miraba el cuerpo quebrado del guerrero caído con ansias. Era un hombre que anhelaba sangre.

¡Al fin te tengo!



Deténte, desconocido. No sé quién eres, pero no es justo que ataques a un guerrero herido.

¿Lo tomas bajo tu protección?



Si así lo quieres... sí.



Ten cuidado, navegante, pues somos tracios y nuestra fama como hombres de armas aquieta las aguas del mar durante las batallas.



Algo oí de los tracios, pero era con referencia a ollas y a utensilios de mujeres.



El insulto fue brutal como un golpe y certero como una copa de vino arrojada en el rostro.

Me llamo Porcio, extranjero, y todos mis familiares, esos que ves detrás mío, te pedirán una olla de sangre por cada palabra que has dicho.



Arthos rió y aferró el escudo del tracio.

Y yo me llamo Arthos, de las tierras de Akad, y tengo para tus familiares, ¡esto!

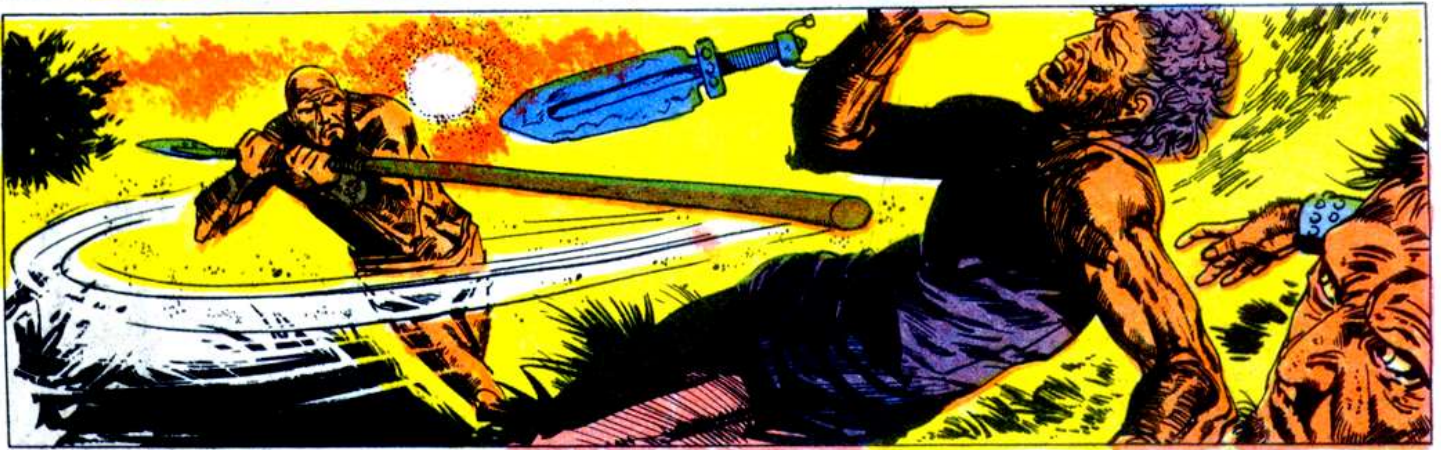


El tracio retrocedió asustado mientras contemplaba con ojos amarillos por el miedo las manos de gigante de mi amigo.

¡Dile a tus familiares que vengan, bravo, tracio de rodillas flojas!



Vinieron de repente, sin un grito, sin una voz, corriendo sobre la arena ardiente. Porcio se las había arreglado para no estar en primera fila.



Lo vi girar como un jabalí herido y su garrote retumbaba en cráneos y costillas como un timbal de remero.

¡No ensuciaré un arma con vosotros, valerosos tracios! ¡Un palo me basta!



¡Espérame, valeroso guerrero!



¿Le has hecho daño?

No. Sólo lo he herido en su vanidad.

¡Vete, Porcio de Tracia, vete antes de que me arrepienta y te hunda las costillas de un puntapié!



Llevamos al guerrero herido a nuestro barco. Allí Selim se ocupó de él. Luego...



Tengo que darte las gracias, navegante. Mi nombre es Eutorpes, y soy macedonio. Para tu tranquilidad te diré que no soy un criminal, sino un caballero de la corte de Filipo II.

Es una buena noticia esa, pues entonces habrás oído hablar de mí. Soy Nippur, el hombre de Lagash, y he bebido el vino de la amistad con tu rey. Por lo tanto, seré doblemente feliz de poder ayudarte.



Mi problema es grave, Nippur. Hace ya un año pasé por estas tierras para reunirme con mi señor, Filipo, para acompañarlo en su campaña contra los piratas de Omnios.



«Venía entonces con mi hija Nausicaa, quien enfermó cerca de aquí. Angustiado pedí asilo para ella en la ciudad de los tracios, hasta que sanara. Dejé oro para pagar por lo que consumiera y continué viaje, pues mi obligación como guerrero era estar presente cuando mi rey entrara en batalla.»



Cuando terminó la campaña volví a Macedonia y allí esperé a mi hija, pero los meses pasaron y ella no apareció. Cuando curé tomé mi caballo y vine a buscarla. Así supe que Porcio, hijo del jefe de la guarnición, quería a mi hija para esclava suya.



Protesté ante los jefes de la ciudad pero no me hicieron caso pues soy extranjero. Decidí pedir ayuda a mi señor Filipo, pero un grupo de guardianes dirigidos por Porcio me atacó aquí cerca, hiriéndome y acorralándome.

Ese era mi drama o mi comedia, Nippur. Mi hija está tan solo a un kilómetro, pero una ciudad entera se interpone entre nosotros.

Suficiente por hoy, Eutorpes. Cierra los ojos y descansa. Tus heridas aún laten y queman como bronce recalentado. El sueño es buen cicatrizante.

Hombre de Lagash.

¿Sí?

Si pudieras prescindir de uno de tus hombres, envíalo a Macedonia con un mensaje para mi señor Filipo. Necesitaré ayuda.

No te preocupes, Eutorpes. Descansa.

La noche quieta y salada nos cobija con su humedad misteriosa y un vago eco de voces extrañas de las profundidades marinas acaricia mis oídos.

Y eso es todo, Arthos. Eutorpes quiere pedir ayuda a Filipo para rescatar a su hija.



¿La ayuda de Filipo? ¿Para qué diablos la necesitas? ¡Estamos nosotros!



Es arriesgado.

¿Arriesgado?



¡Oyeme bien, Nippur de Lagash! ¡Por seguirte en tus disparatadas correrías he tenido que luchar contra acadios y carios, macedonios y tracios, piratas, esclavos, mercenarios, negros, dioses y demonios!



¡He sudado como un remero y corrido como un caballo! ¡Me han cortado, golpeado, sacudido, lanceado y reventado! ¿Y ahora me sales con esa ocurrencia de que es riesgoso?

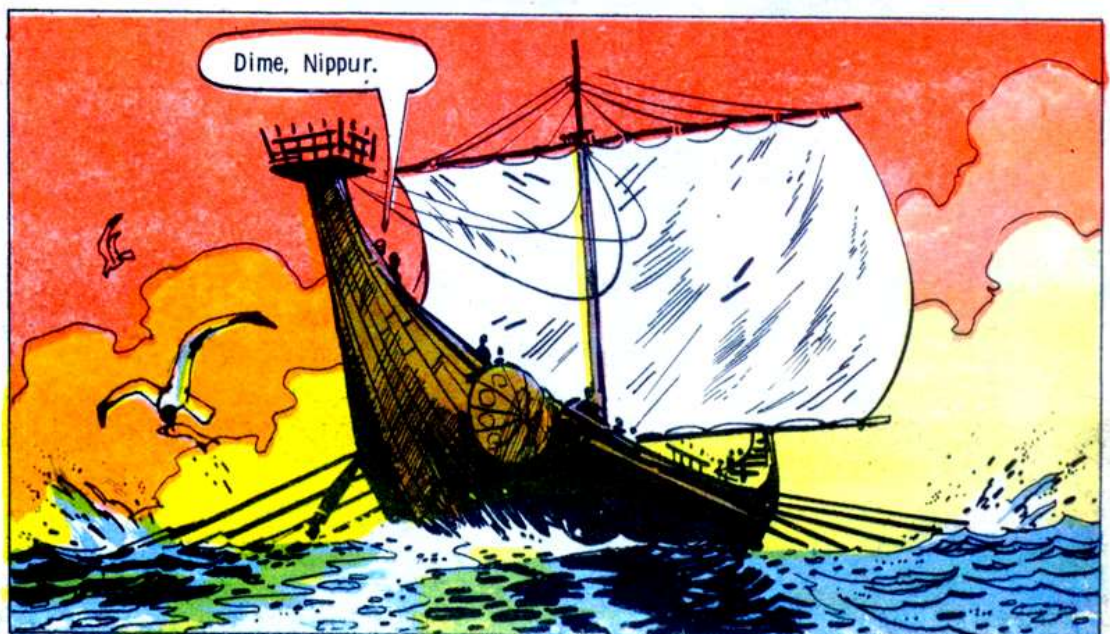


¡Esta vez la decisión la tomaré yo! ¡Ayudaremos a Eutorpes! ¡No hace falta llamar a Filipo!

Muy bien. Se hará lo que tú quieras.



Hmmm.



Dime, Nippur.



¿Sí?



¿Cómo consigues que yo crea que gano las discusiones y termine haciendo lo que tú quieres?



En la mañana siguiente, envuelto en mi manto y acompañado por Arthos, me acerqué a la ciudad para tratar de trazar un plan de acción.



Por la fuerza simplemente, será imposible.

Tendremos que usar el ingenio.



Exprime una uva y sacarás el vino. Exprime la arena y sacarás el oro. Pero a veces exprimirás tu mente hasta gruñir como un perro rabioso sin que nada brote.

¡No se me ocurre nada, Nippur! ¡En la ciudad deben estar alertas como palomas ante los gavilanes!



Sí. Lo malo es que está de por medio el amor propio de la ciudad y su antipatía hacia los macedonios. Deben considerar esto como un entretenimiento agradable. Algo mejor que cazar bandidos.



En ese momento apareció el campesino con su burro, agobiado bajo el peso de sus enormes canastas.

Los dioses sean con vosotros, señores.



¿No queréis comprar nada? Tengo frutas de todas clases y no son de mucho precio.

No.



Tenía un rostro huesudo y anhelante. Me dio pena y puse un par de piezas de plata en su mano trémula.

¡Gracias, señor! ¡Muchas gracias!



¡Mira esas canastas! ¡Hasta podrían llevar una persona adentro!

¡Pobre animal!

La misma idea se encendió en nuestras mentes como una antorcha empapada en pez.



Amanecía el día siguiente cuando entré en la ciudad, entre los mercachifles y los vendedores de verduras. La túnica del campesino apesataba a ajos y corral y su sombrero astroso me cubría hasta los ojos.



Me detuve ante la casa del jefe de la guarnición y comencé a vocear mi mercancía, no sin antes haberme metido varios granos de maíz en la boca para disimular mi acento extranjero. Ahora debía esperar.



Las horas corrieron como caracoles viejos y sentí un creciente respeto hacia esos estólidos capaces de soportar horas y horas sentados bajo el sol sin alterarse. Yo, por mi parte, me sentía dolorido, achicharrado, infeliz.



¡Allí estaba! Era trigueña como los macedonios y respondía a la descripción de su padre. Iba con un cántaro a la fuente, custodiada por un soldado somnoliento y barrigudo.



El soldado ni se inmutó cuando alcance a la joven antes de que entrara a la casa nueva mente. Era usual que los campesinos persiguieran a sus clientes.



¡Soldado, mira tú este hermoso zapallo! ¡Dile que lo compre!



¡Rápido, Nausicaa! ¡Me ha enviado tu padre, Eutorpes, para llevarte con él!

¿Qué haremos?



¡Métete dentro de la cesta!



Escondí al soldado entre unos arbustos y por las dudas le di otro porrazo. Luego tomé al asno por el ronزال y con paso lento y cansino me dirigí a la salida del pueblo.



Nadie me detuvo y pude salir del recinto amurallado. Así llegué hasta las orillas del mar, cuando el quejumbroso sonido de un cuerno cortó el silencio.



¡Descubrieron tu fuga!
¡Ven, Nausicaa, corramos!

La joven era ágil y sus pies volaban sobre la arena como los de un ciervo, pero de pronto oí el estruendo de los cascos de caballos estremeciendo la tierra.



Surgieron a un costado nuestro cuatro jinetes a galope tentido. Al frente reconocí a Porcio. Arrojé mi manto y desenvainé las dos espadas que llevaba ocultas debajo del mismo.

(Espero que Arthos ande cerca...)



¿De manera que eras tú? ¡Debes suponerlo!

¿Qué esperamos?
¡A él!



Vi al enorme garañón rojo abalanzarse sobre mí y lo esquivé.

¡Ahhh!



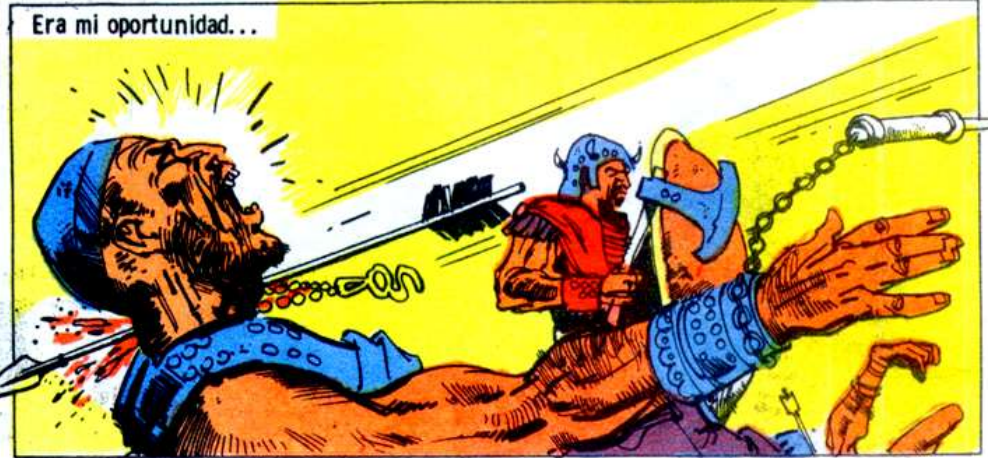
Me acorralaron contra el mar. Caballos y bronce en apretado círculo.



Arthos estaba cerca...



Era mi oportunidad...



¡Ahora tú!



¡No te la podrás llevar! ¡No mientras yo viva!



¡Lo siento por ti!



¡No... no te la llevarás!



Murió con rapidez, como muere un lobo lanceado, aún tratando de herir.



¡Ven, Nausicaa! ¡Nos esperan en el barco!



Nuestro barco desplegó velas y a violentos golpes de remos abandonó la arenosa playa de los tracios para huir mar adentro. De lejos seguía resonando el cuerno de alarma.



¿Dónde está la muchacha?



Abajo, con su padre. Los llevaremos hasta Pella y al mismo tiempo visitaremos a Filipo, padre de Alejandro.

¿Qué es eso que tienes en la mano?

Es la piedra que arroja-te al pinzón.



—¿Para qué la guardas?

Para tirarla yo primero en la próxima apuesta de pájaros.



Corre mi barco sobre las olas, vuela sobre las espumas y habla con lenguaje de algas y de corales desde sus armuras con nostalgias de bosques. Su cordaje canta y cimbra como un arpa en manos del viento. Desde las laderas boscosas, los pastores macedonios nos saludan con la mano.

